

RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

Nuevo Testamento Griego-Español, ed. preparada por JOSÉ O'CALLAGHAN, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1997; 1485 pp. con tres mapas.

El editor de esta obra, José O'Callaghan, se ha prestado a elaborar una edición novedosa del Nuevo Testamento bilingüe que actualiza la que en 1909 llevó a cabo J. J. de la Torre, publicada en Friburgo de Brisgovia.

Lo primero que destaca de esta magna empresa es su carácter eminentemente práctico. En efecto, en palabras del propio editor en la Introducción, «sus pretensiones se limitan a ayudar a los alumnos que frecuentan las clases de Teología o a los que se interesan por las cuestiones neotestamentarias». Una consecuencia inmediata de este carácter es que ésta no es una edición crítica; en efecto, no se ha aprovechado el aparato de la reciente edición del Nuevo Testamento Internacional (*The Greek New Testament*, ed. por B. y K. Aland, J. Kavidopoulos, C.M. Martini, B.M. Metzger, Stuttgart 1993), sino que esta obra desciende un grado – o lo asciende, según se mire – en lo referente al tipo de público al que está dirigida, es una edición más popular, y ya no solamente por su carácter bilingüe.

En la estructura de las páginas se hacen visibles los siguientes elementos o secciones:

En la página griega:

– El texto griego, que ha sido tomado del *Nuevo Testamento trilingüe*, ed. de J.M. Bover y J. O'Callaghan, BAC 400, Madrid 1994³, si bien recoge alguna de las nuevas lecturas de la citada última edición del *N.T.* Internacional (sólo aquellas que son ciertas o que presentan pocas dudas). Como hemos dicho, no se incluye aparato crítico de colación.

– Debajo del texto griego se ha colocado un aparato de versiones, o aparato crítico de la traducción castellana, como lo llama el editor, en que figuran variantes seleccionadas de algunas traducciones respecto a determinadas lecturas. Esta sección es el más novedoso de la edición y se fundamenta en el novedoso trabajo de O'Callaghan titulado *El N.T. en las versiones españolas*, que complementaba al *N.T. trilingüe*, para el cual tuvo en cuenta veinticinco traducciones españolas, que para la presente obra han quedado reducidas a diez (ocho en castellano y dos en catalán, entre las que están la *Sagrada Biblia* de Cantera e Iglesias, Madrid

1979²; la *Biblia de Jerusalén*, nueva ed. corregida y aumentada, Bilbao 1978; así como la *Biblia catalana*, Barcelona 1993 y el *Nou Testament* de los monjes de Montserrat, Andorra 1988⁵).

En la página castellana:

- El texto castellano del *N.T. trilingüe* tomado de la versión neotestamentaria de J.M. Bover, puesto al día con las enmiendas de F. Puza al *N.T. (N.T. Versión directa del texto original griego*, Madrid 1962⁸) y las de la propia edición trilingüe.

- Los paralelos evangélicos y las citas explícitas del A.T., colocados en el margen derecho; entre estas referencias destacan los textos paralelos, que son anotados al comienzo de cada párrafo.

- Notas teológicas, que son comentarios al texto que abundan en el trasfondo simbólico o religioso del texto; en su mayoría son interpretaciones.

- Referencias al N.T. o al A.T., esto es, lugares aludidos en el texto neotestamentario, pero que no constituyen citas explícitas.

Las grafías de los textos griego y español son claras, modernizadas en el caso del griego, dado que se trata de tipos nuevos, aún más conseguidos y legibles que los de la edición del *Nuevo Testamento trilingüe*.

Por último, hemos hallado tres defectos en esta nueva edición: 1) No se incluyen listas de abreviaturas de los libros de las Sagradas Escrituras; se remite a las abreviaturas de las ediciones bíblicas de la *BAC*, lo que obliga a consultarlas, con el consiguiente embarazo. 2) Los mapas de las páginas finales han sido extraídos de la edición de la Biblia de Nacar y Colunga, que provienen por lo menos de los años sesenta. 3) Carece de todo tipo de índices, ya sean bíblicos, teológicos, de materias u onomásticos.

Sin embargo, creemos que un esfuerzo como el llevado a cabo por el padre O'Callaghan para la edición de unos textos de carácter más escolar y popular que los del *Nuevo Testamento trilingüe* no habrá sido baldío, como quedará demostrado con futuras reediciones que desde ahora nos atrevemos a vaticinar. Saludamos con verdadero agradecimiento esta nueva publicación, que posee un objetivo tan loable.

JORGE MARTÍNEZ DE TEJADA GARAIZÁBAL

II. LINGÜÍSTICA

VILLAR, F.—*A new Interpretation of Celtiberian Grammar*, Innsbruck, Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft. Vorträge und kleine Schriften 62, 1995. 37 pp.

La publicación en 1991 del estudio sobre las silbantes en celtibérico (*Actas del V Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica*, pp. 773 - 811), en el que el profesor Villar dotaba de diferencia fonológica a los dos signos que para las silbantes existían en celtibérico, ha tenido consecuencias importantes no sólo en el terreno fonético, sino, de manera especial, en el de la morfología. Se puede decir que en los últimos años, nuestro conocimiento de la gramática celtibérica se ha visto incrementado de manera

notable, sobre todo, si tenemos en cuenta que desde los trabajos pioneros de J. Caro y A. Tovar que mostraron un esbozo de gramática celtibérica, y los trabajos siguientes de Schmoll, Untermann y otros, muy poco se había avanzado hasta ahora. Ni siquiera el descubrimiento del primer Bronce de Botorrita sirvió para modificar prácticamente nada de lo establecido hasta entonces. Dos de los principales problemas que permanecían sin resolver desde los primeros trabajos eran el de los dos signos para las silbantes en celtibérico y la supuesta alternancia *o/u*, que se consideraban meras alternativas gráfico-fonéticas, funcionalmente idénticas. Villar, en su contribución antes mencionada, así como en una serie de trabajos posteriores recogidos en *Estudios de Celtibérico y de Toponimia Prerromana* (Salamanca, 1995), ha llegado a la conclusión de que en ciertos contextos la /s/ indoeuropea se mantuvo inalterada, mientras que en otros, pasó a ser una sibilante sonora representada por el signo [s]. La aparición en 1992 del *Bronce de Botorrita III* ha permitido a Villar confirmar sus hipótesis y plantear otras nuevas, que le han llevado a reelaborar la morfología celtibérica a la luz de los nuevos datos.

En esta obra, el autor nos ofrece una revisión sintética de la morfología celtibérica, pasando revista a las categorías que se venían postulando hasta la fecha y ofreciendo una nueva visión donde cada vez hay menos puntos oscuros. A continuación paso a señalar las aportaciones más novedosas.

En primer lugar he de decir que Villar ha propuesto transcribir de diferente manera a como se venía haciendo los dos signos para la silbantes y así lo hace en sus trabajos, seguido por Untermann, que ha adoptado tal transcripción por entender que es más útil. Así, <s> representa la /s/ sorda y <z> la sonora (antes representadas por <'s> y <s> respectivamente). Por otro lado, Villar ha postulado que la silbante sonora en posición final y media puede proceder de una antigua dental /d/ o /dh/, lo que tiene grandes implicaciones no sólo para la gramática, sino también para la etimología del vocabulario celta en general. Este hecho, que /d/ y /dh/ se sirvan del mismo signo gráfico que las silbantes etimológicas indicaría, a juicio de Villar, que estos fonemas /d/ y /dh/ han experimentado una debilitación articulatoria que ha llevado a pronunciarlas como fricativas. Sería, pues, un primer estadio de lo que luego en celta medieval va a ser conocido como lenición.

Como consecuencia, en la flexión nominal, Villar establece diferencia entre las formas en -as (*azas, sakas, sakarokas, aias*, etc.), genitivo de los temas en -a (expresando filiación) y las formas en -az (*kontebiaz, belaiskaz, sekotiaz, lubinaz*, etc), que serían ablativos (< *-ād, modelados analógicamente como en latín sobre los masculinos), y que servirían para la expresión de la *origo*. Igualmente, las formas en -ez (*barskunez, karauez, sekobirikez, oilaunez, ontikez*) serían ablativos de un tema en consonante, en vez de nominativo plural en *-es como se decía tradicionalmente. Y lo mismo las formas en -iz, ablativo de tema en -i. Las formas en -uz, a su vez, son el ablativo singular de la flexión temática (*-ōd).

En lo que respecta a la flexión verbal explica la forma *ruzimuz* a partir de la desinencia *-mosi, con sonorización de la /s/ intervocálica y pérdida posterior de la -i final. Se interpretan como formas verbales *tekez* (cf. gr. ἔθηκα, lat. *fecit*, etc.), *kombalkez, terturez*, y confirma la hipótesis de Meid sobre las formas en -tuz que postuló que eran imperativos aunque sin poder demostrarlo en aquel entonces. Ahora, a la vista de la interpretación de las silbantes de Villar, se ha visto corroborada lo que no pasaba de ser una explicación *ad hoc*.

Villar demuestra igualmente, apoyado en toda una serie de datos, que el tratamiento en celtibérico de la vocal larga /ō/ es /u/ como en el resto de las lenguas celtas y no hay ejemplos que lo contradigan.

La reconstrucción de Villar de la gramática celtibérica elimina tópicos existentes desde su fundación, como el de la doble norma, epigráfica y monetar y las supuestas fluctuaciones fonéticas o gráficas que no son sino el resultado de categorías gramaticales diferentes. En el terreno de la morfología nominal, sus conclusiones más importantes son la existencia de un ablativo diferenciado del genitivo para todos los tipos flexionales y por consiguiente, la eliminación de la hipótesis que mantenía que el genitivo singular temático en *-o* procedía del ablativo en **-ōd*. En la flexión verbal, el debilitamiento de la *-t* en posición final y su confusión con *-d*, produce que la desinencia secundaria de tercera persona pueda aparecer escrita con (*z*).

En conclusión hay que decir que la obra de Villar representa un paso de gigante en este difícil campo de la paleohispanística que es el estudio de la lengua celtibérica. Es de esperar que nuevos hallazgos epigráficos vengán a reafirmar las conclusiones a las que Villar ha llegado y arrojen nueva luz sobre otros problemas que desgraciadamente quedan aún por resolver.

ROSA PEDRERO

HEWSON, J.; BUBENIK, V.—*Tense and Aspect in Indo-European Languages. Theory, Typology, Diachrony*. Amsterdam, John Benjamins, 1997. 403 pp.

Es difícil reseñar una obra como esta, en la que se combina un estudio teórico del tiempo y el aspecto del verbo en las lenguas indoeuropeas con un estudio de gramática histórica de las mismas. Y sobre todo si ese estudio teórico está basado en las teorías de G. Guillaume sobre la cronogénesis del aspecto de los modos, luego del indicativo, después del tiempo.

Hace muchos años publiqué en esta misma revista (16, 1948, p. 301 ss.) una reseña en que, reconociendo la fecundidad de algunas ideas, señalaba que por su carácter abstracto y alejado de los datos, el método me parecía poco aplicable a la descripción de lenguas concretas. Sigo pensando lo mismo.

A veces es difícil precisar si las prioridades que se establecen son conceptuales o cronológicas, pienso que la del aspecto respecto al tiempo es ambas cosas a la vez. Desde el punto de vista del Indoeuropeo no puedo por menos de señalar que en diversas obras mías a partir de mi *Verbo Indoeuropeo* de 1963 he propuesto exactamente lo contrario: la oposición imperfecto / aoristo sólo secundariamente habría cobrado valor aspectual, que luego habría pasado a los modos. Y no es seguro que lo cobrara fuera del indo-griego. Claro está que estas obras mías no son conocidas por los autores.

Independientemente de esto, las definiciones de los aspectos son absolutamente abstractas, con pretensiones de universalidad. Habría el imperfectivo, el perfectivo (así llaman al aoristo, que indicaría la acción que llega a un término) y el retrospectivo (así llaman al perfecto): ambos, en fecha antigua estarían en presente, puesto que no había otro tiempo (no había, entonces, tampoco presente, habría que replicar). Sólo en algunos casos, como el del griego moderno, se acepta un espectro semántico más amplio de un aspecto.

Creo que este planteamiento es erróneo, pero no puedo hacer otra cosa que enviar a esas publicaciones mías anteriores, entre ella mi *Nueva Sintaxis del griego antiguo*, de 1992.

Por lo demás, la obra testimonia un buen conocimiento de la larga serie de lenguas indoeuropeas estudiadas y da una buena información sobre ellas. Claro que, como resulta habitual, el *hetita* se coloca en un marco inadecuado: entre las lenguas que unieron el aoristo y perfecto originales, siendo en realidad, al contrario, una lengua monotemática.

Prescindiendo de esto, es útil la clasificación de las lenguas: las que tienen el sistema triple original de presente / aoristo / perfecto (griego y sánscrito); lenguas con el sistema presente / aoristo y un perfecto innovado (arm., aegl., alb. y toc.); lenguas con tres tiempos (balt., célt., lat.; lenguas que fundieron aoristo y perfecto en el pretérito (germ., het.); y desarrollos tardíos. Habría que objetar muchas cosas, en el detalle, también hay datos útiles.

Pero hay demasiado apriorismo en todo ello. Una serie de esquemas teóricos iniciales, que habría que compartir como si de los dogmas de una Iglesia se tratara para comprender bien el libro, distorsiona los datos empíricos. Es claro que yo no comparto los puntos de partida y no soy, por ello, el más indicado para juzgar estas especulaciones muy abstractas, a ratos desde luego sugestivas. No hay duda de que lo son, puesto que la escuela continúa desde los tiempos de Guillaume, que la inició en 1929.

El libro entra, por lo demás, dentro de una corriente que gana adeptos cada día, la de dar definiciones universales de las categorías gramaticales, definiciones más bien apriorísticas, y tratar de encajarlas luego en las lenguas particulares. Me confieso alejado de estas corrientes. Pero, en todo caso, parece correcto dar noticia a los lectores de los nuevos desarrollos, a los que no faltan ni rigor conceptual ni conocimientos empíricos.

Aunque un lingüista como yo prefiera el método inductivo lengua a lengua y el estudio minucioso de los significados a un método fundamentalmente deductivo a partir de esquemas apriorísticos, por importantes que sean los atisbos que en ellos traslucen.

FRANCISCO R. ADRADOS

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

CASTRO CARIDAD, EVA.—*Introducción al teatro latino medieval*. Santiago de Compostela, Universidad, 1996. 228 pp.

Este libro completa muy útilmente la edición del drama litúrgico medieval, obra de la misma autora. Efectivamente, de una manera muy documentada y crítica, sobre la base de una amplia bibliografía, la autora estudia todo el teatro medieval latino, el litúrgico principalmente, pero no sólo este.

Hay una primera parte que se ocupa del material teatral más o menos derivado del teatro antiguo (sobre cuyo conocimiento en los autores medievales habla también). Se trata de toda una literatura semiteatral: *altercationes*, *disputationes*, etc.; *planctus*, elegías, églogas; imitaciones literarias de las comedias antiguas; restos del mimo literario. Menos atención se presta a la llamada comedia latina, bien editada últimamente en Génova.

Sigue otra parte sobre el drama litúrgico y el drama escolar, con sus interrelaciones y con la presencia en el segundo de elementos festivos o carnalescos. Le dedica una aten-

ción especial, pese a sus evidentes conexiones con el primero: es aquí donde hay un mayor “despegue” hacia lo teatral en lo relativo a autores (más individuales y libres), actores, público y espacio (ampliado más allá del espacio litúrgico original). Los influjos de la tradición antigua y de la tradición popular son estudiados.

Y hay, luego, una parte teórica, que estudia la conexión entre liturgia y teatro. Señala muy bien la autora que, pese a la dramatización y gestualización y a una tradición textual bastante libre, los ejecutantes son siempre los protagonistas de la liturgia, no verdaderos «actores». Estudia también la actitud de la Iglesia, que a partir del siglo XIII reaccionaba contra las que consideraba manifestaciones paganizantes en las que se desplegaban las pasiones, el deseo de agradar y la «hipocresía» o falsedad: argumentos curiosamente parecidos a los platónicos.

La parte del libro más importante es, quizá, sin embargo, el capítulo IV, referido a «Tipo y contenido de los dramas». La autora habla sobre todo de la forma, origen y difusión del *Quem quaeritis*, de las diversas versiones de la *Visitatio sepulchri* y de las obras de los ciclos de Pascua y de Navidad, con todos los datos relativos a sus características y difusión.

El libro es importante, evidentemente, para los medievalistas, pero también para los interesados en la historia del teatro, entre los que me cuento. Esto hallarán increíbles, casi exactos paralelos con los orígenes, también litúrgicos, también impregnados cada vez más de la antigua leyenda, del teatro griego.

Encontrarán, sin embargo, algunas lagunas, cosas que sin duda no estaban en el plan de la autora. Así, el tema del influjo del teatro litúrgico bizantino, que pudo llegar a través de San Galo (donde se trabajaba sobre textos griegos desde el siglo IX) y a través de Monte Casino, de helenismo aún anterior (esto sí se dice).

Otro tema: en latín o no, conocido directamente o más bien por su descendencia, el pre-teatro carnavalesco (desfiles y luchas de carnaval, *Mummer's Play*, pieza del arado, moresca, diferentes rituales burlescos) es esencial en los orígenes de nuestro teatro, confluye con el litúrgico y el erudito desde el siglo XIV (el Arcipreste) y sobre todo en el XV (en España con Enzina y Gil Vicente, entre otros; en Italia). Ya en el XIII producía textos literarios, con Adam de la Halle, luego llegó la *Commedia dell' Arte*; algo he dicho de todo esto en mi *Fiesta, Comedia y Tragedia*, Madrid 1983, p. 501 ss.

Mientras no se conjunte este estudio con el del teatro litúrgico y el escolar, malamente puede penetrarse en los orígenes de nuestros teatros occidentales. Claro que habría que hablar, junto con la piezas latinas, de las romances y germánicas, aquí raramente mencionadas.

Cierto que esta no era la intención de la autora. Ella nos ha presentado un panorama de conjunto muy completo sobre el teatro latino y sus raíces antiguas y litúrgicas, panorama que es importante para cualquier estudio en la otra dirección.

FRANCISCO R. ADRADOS

VAN DIJK, GERT-JAN.—ΑΙΝΟΙ, ΛΟΓΟΙ, ΜΥΘΟΙ. *Fables in archaic, classical and hellenistic Greek Literature*. Leiden, New-York, Köln, Brill, 1997. 589 pp.

Gert-Jan van Dijk es un muy distinguido investigador de la fábula griega, un género cuyo estudio ha estado durante un tiempo un tanto detenido y a cuya puesta en marcha, de

nuevo, contribuye grandemente. Ahora, tras una larga serie de trabajos monográficos en diferentes revistas, su tarea ha culminado, por el momento, en este importante volumen. Hay que añadir el artículo publicado en esta misma revista en el que aporta suplementos a la recopilación de fábulas antiguas en mi *Historia de la Fábula Greco-Latina*. En la nueva edición de esta obra, que aparecerá en inglés en la editorial Brill, colabora conmigo aportando cosas nuevas. Pero me parecía necesario presentar, en todo caso, el nuevo libro al público interesado.

Este libro se refiere, como indica el título, a las fábulas-ejemplo de la literatura griega que va de la arcaica a la helenística; no a las fábulas de colección. Pero precede un amplio estudio titulado «Theoretical Base» donde revisa la investigación moderna sobre la fábula en general, la teoría antigua que busca definir la fábula, la terminología antigua (estudio de αἶνος, λόγος, μῦθος y demás) y una comparación de la teoría y terminología antigua y la moderna. El texto griego es recogido en p. 400 ss. Nos hallamos ante un alarde de erudición y de interpretación sobria y objetiva. Invito a comparar los resultados con los míos.

Echo de menos, quizá, una toma de posición personal más decisiva. La de p. 112 («Synthesis») la encuentro correcta, pero un poco corta: definir la fábula como «fictitious, metaphorical, narrative» me parece poco, creo que el aspecto didáctico y crítico es esencial. El libro recoge los textos en cuestión en p. 400 ss., lo que es muy útil.

Sigue una segunda parte, «The Function of Fables in archaic, classical and hellenistic Greek Literature» (p. 121 ss.). Autor tras autor antiguo se va estudiando, en un alarde de erudición, lo que sobre cada fábula puede saberse, sobre la base de una discusión de toda la bibliografía. Las conclusiones son generalmente correctas: imposible debatir aquí algunos detalles, mis diferencias podrán verse comparando este libro con los «Suplementos» que añadiré a la edición inglesa de mi libro.

Creo más importante este estudio sobre las fábulas que lo relativo a la función: sobre esta, en general, no es mucho lo que de nuevo puede decirse. Y, francamente, me parece muy convencional la organización del todo por géneros: ¿qué puede tener de común la función de la fábula en Homero, Hesíodo y Nicandro, que aparecen juntos en el primer capítulo, «Epic»? Hago notar que las fábulas se estudian en cada pasaje concreto en que aparecen (Una fábula se estudia, así, varias veces), no se emprende la tarea de ver la evolución de un tema fabulístico a través de los tiempos, es otra toma de posición. Por lo demás, es interesante la conclusión de p. 362 ss. sobre la demarcación de las fábulas de sus contextos y la interconexión con los mismos.

Comparando mis propios datos, señalo que, aparte de las eventuales discrepancias, van Dijk suplementa mi material. Hay una bastante larga serie de fábulas-ejemplo no notadas por mí, que solo las recojo de las colecciones: fábulas como H. 63 «El orador Démades», en Démades; H. 136 «El perro que llevaba carne», en Demócrito; etc. En la nueva edición de mi libro, en colaboración para el vol. III con van Dijk, las relaciono; y también, las nuevas alusiones a fábulas ya conocidas. Por poner un solo ejemplo de estas últimas, a H 4 «El ruiseñor y el halcón» se le añade el nuevo testimonio de Aristides. Remito al artículo de van Dijk en este mismo volumen y a la edición inglesa (en prensa) de mi libro.

Todo esto son aportaciones importantes, aunque yo quede dudoso en algún caso y aunque la diferencia entre las fábulas y las «Non-Fables and Allusions» de p. 631 ss. no siempre arrastre la convicción: yo trato como fábulas, por ejemplo, algunas de Solón y Teognis que van Dijk trata como alusiones.

En suma, nos hallamos ante una aportación importante al estudio de las fábulas no de colección en las épocas señaladas. No se podrá volver sobre estas fábulas sin tener en cuenta este libro. Aunque a veces muchas cosas queden sin decidir y aunque pueda haber diferencias de apreciación. La ganancia, en todo caso, es grande.

Son muy útiles, de otra parte, el *Conspectus editionum* de p. 569 ss. (se refiere a las ediciones de los autores antiguos citados) y la Bibliografía de p. 577 ss. Aunque una bibliografía nunca es completa, tengo anotadas cosas que faltan (como, de otra parte, hallo aquí cosas que yo desconocía).

Finalmente, el libro se cierra con unos índices que comprenden una *Comparatio numerorum*: la correspondencia de los números en diversas ediciones, con la lista total de referencias a cada fábula en la suya: un *Index Fabularum*, referido a los temas; y un *Index locorum*, para encontrar en el libro las referencias a los diversos autores antiguos que contienen fábulas. Con estos y otros recursos un material tan complejo como el estudiado en el libro es fácilmente manejable. Su organización es muy clara.

Con esto no hago sino dar una breve idea de un libro notable por el buen conocimiento de la fábula antigua y la erudición en torno a ella. Será necesario para cualquier estudio futuro.

F. R. ADRADOS

LLOYD, MICHAEL.—*The agon in Euripides*. Oxford, Clarendon Press, 1992. 144 pp.

El presente libro, igual que otros anteriores, el de Mme Duchemin por ejemplo, parte del principio de denominar *agón* sólo a la forma canónica, regular del mismo en Eurípides: dos discursos opuestos en un contexto muy formalizado; y ello pese a que el autor mismo da noticia de que Eurípides llama *agón*, también, a otros enfrentamientos menos formalizados. Hay, para nuestro autor, trece *agones* en Eurípides, más dos semi-*agones* en la *Medea* y los *Heraclidas*; ciertas escenas de súplica y ciertas *epideixeis* estarían próximas. No habría *agones* en Esquilo y sí solamente ciertas aproximaciones en Sófocles.

Por supuesto, esta aproximación es tan buena como cualquier otras y los *agones* mencionados son susceptibles de una descripción. Solamente he de decir que esta concepción separa a este tipo de *agón* de sus orígenes, entre otras cosas, de *agones* entre coro o coro o personaje y coro que eran el centro de la acción dramática en numerosas tragedias y que representan, pienso, el centro original de las mismas. Esto es lo que he expuesto con detalle en mi *Fiesta, Comedia y Tragedia*, que el autor desconoce, pese a que es un libro traducido al inglés. Como de costumbre, la bibliografía española es desconocida por un autor británico.

Y habría resultado útil conocerla porque daría perspectiva a la descripción del *agón* - de "su" *agón* - como destinado a presentar un tema debatido en la tragedia, con resultado positivo o no, pero en todo caso sin relación directa con el desenlace de la misma. El *agón* original sí era resolutivo, muchas veces. Esto denota una evolución que es importante notar. De otra parte, es imposible separar, en obras como *Medea* o *Bacantes*, el *agón* en el sentido de nuestro autor de otros varios, menos formalizados, de las mismas piezas. Todos ellos se apoyan, se amplifican unos a otros.

La descripción de los trece *agones* de Eurípides se centra en dos puntos: el estudio de los elementos retóricos de los mismos y el estudio de su función en las piezas respectivas. Estos dos puntos se interpenetran habitualmente.

Por lo que respecta a la técnica retórica, la descripción de Lloyd es minuciosa: *agón* por *agón* y punto por punto. El mayor problema es la inexistencia de piezas retóricas contemporáneas, el tener que basar la descripción en la comparación con las posteriores.

Es rara la organización de un discurso en las cuatro partes tradicionales, la argumentación sobre todo suele faltar como parte independiente. Es en el proemio donde suelen encontrarse más rasgos retóricos. Pero también los hay en las otras partes: por ejemplo, el argumento de probabilidad, el de *reductio ad absurdum*, la hipófora, etc. También es notable el uso de la falsa argumentación a favor de malas causas, caso de Jasón en *Medea*, o las situaciones ambiguas, en que las dos partes defienden causas semijustas, como en los *agones* de la *Hécuba* y las *Fenicias*.

Este estudio retórico es hecho especialmente en el segundo capítulo (el primero hace el inventario de los *agones* euripídeos, aplicando el autor sus criterios), mientras que a partir del tercero se estudia el contenido de los *agones* y su función en las piezas. En éste son estudiados los de *Alcestis*, *Medea*, *Hipólito* y *Andrómaca*. El poeta separa el *agón* de la acción inmediata. Es demasiado tarde para que los *agones* de *Alcestis* y *Medea* tengan un efecto (el primero toca un tema marginal, además); los de *Hipólito* y *Andrómaca* se refieren, como el último, al centro del conflicto trágico, pero no depende de ellos su resolución.

El capítulo cuarto es dedicado a la *Electra*. Su *agón* ofrece buenos argumentos por ambas partes (como otros) y tampoco es resolutivo. Lo que hace es exponer el conflicto central de la pieza a través de un debate. En definitiva, no está lejos del del *Hipólito*. El capítulo quinto se ocupa de los *agones* políticos: los de *Heraclidas*, *Suplicantes* y *Fenicias*. En ellos Demofonte, Teseo y Etéocles se enfrentan a malvadas exigencias que rechazan: los *agones* representan la incapacidad del debate para lograr la reconciliación y el comienzo del conflicto armado. Son discusiones sobre el curso de la acción que es justo. Es importante la relevancia política de los discursos aprobados por Eurípides, el de Jocasta sobre todo.

En *Hécuba* y *Troyanas* (capítulo sexto) el *agón* es la culminación de los enfrentamientos entre el personaje principal y otros. Pero mientras en la primera obra la reina Hécuba logra la victoria sobre Polimestor, desenmascarado como malvado, los argumentos a favor y en contra de Helena, en *Troyanas*, mezclan lo justo y la pura retórica. El *agón* no es sino una ilustración marginal.

Finalmente, el *agón* del *Orestes* es el más complejo y sutil de Eurípides. Los dos discursos de Orestes y Tindareo son paralelos, reflejan dos posiciones diferentes respecto al crimen del primero.

Hay una cierta evolución hacia la mayor complejidad y abstracción de los *agones*, pero no hay un desarrollo lineal, aunque aumente progresivamente el elemento retórico. Son más decisivos los más antiguos (salvo el de *Alcestis*) sobre qué parte tiene razón. En todo caso, unos y otros lo que hacen es, más que nada, expresar los conflictos de los dramas, sin resolver nada decisivo.

Este es el punto – concluiría yo – a que ha llevado Eurípides una forma antigua que era el núcleo mismo del drama, la que creaba el desenlace, igual que ha seguido sucediendo en la mayor parte de las comedias de Aristófanes. Sería bueno ver cómo, a través de los dis-

tintos trágicos, tuvo lugar esta evolución, que culminó en los *agones* formalizados de Eurípides.

F. R. ADRADOS

Oxford Readings in Aristophanes, edited by Erich Segal. Oxford University Press, 1996. 335 pp.

He aquí una colección de dieciseis estudios sobre la obra de Aristófanes recogidos por E. Segal. Su lectura es grata y recuerda muchas cosas conocidas, más diversas propuestas a veces contrapuestas unas a otras, las más veces nuevas y excitantes. La mayor parte de los artículos (de autores anglosajones, más algunos alemanes, un suizo y una francesa) proceden de los últimos veinticinco años, hay un par de ellos más antiguos.

El libro comienza con una Introducción sobre el estado de la cuestión, con apoyo de bibliografía (falta, como es de rigor en las publicaciones anglosajonas, la española). Sigue luego un estudio muy provocativo del editor, «*The physis of Comedy*» (pp. 1-8). Habría en Aristófanes mucho de anticipo de Menandro y la Comedia Nueva, esto es, de doméstico y privado. Aristófanes es desvalorizado, es un anticipo antes de que la comedia alcance su “verdadera naturaleza”. Los elementos “vodevilesco” de Aristófanes son infravalorados. Pero, sin negar que la Comedia Nueva es aquella que la posteridad tomó en adelante como modelo, no pueden cerrarse los ojos a tantos elementos propios de Aristófanes: la comedia política, la parodia, los argumentos fantásticos con final feliz, los corales, todo el esquema más o menos variado pero existente de unidades dramáticas.

Esto se deduce de casi todos los artículos recogidos, así del de O. Taplin, «*Fifth-Century Comedy and Tragedy*» (pp. 9-28), que, sin negar los puntos de conexión entre ambos géneros (sobre los que personalmente he insistido mucho más) subraya sus obvias diferencias. O del de H. Flashar, “*The Originality of Aristophanes’ last Plays*” (pp. 314-328), que estudia los lazos entre la *Asamblea* y el *Pluto* y las comedias anteriores.

Igual de provocativo es el estudio de A. W. Gomme, “*Aristophanes and Politics*” (pp. 29-41), el más antiguo de todos, de 1938, recogido sin duda por esta razón: es irrelevante el estudio de las ideas políticas de Aristófanes, lo importante para él sería hacer una buena comedia, aunque sin duda ideas políticas tendría, es imposible que no fuera partidario, como toda Atenas, de la paz cuando escribió la comedia de este nombre.

Es una directa respuesta el artículo de G. E. M. de Ste. Croix, «*The political Outlook of Aristophanes*» (pp. 42-64): un historiador debe utilizar a Aristófanes como fuente y, además, muchas de sus preferencias personales son fácilmente detectables; y sin duda que ejercía influencia. No se trata tan sólo de una protesta demasiado común contra los políticos, trata con benevolencia a Alcibíades y Nicias, con piedad a Tucídides el de Melesias, con elogio a los caballeros, con hostilidad a sicofantas y rétores populares. Sería un conservador de estilo “cimonico” y un partidario de una paz en que dominaran conjuntamente atenienses y lacedemonios.

Más o menos próximas son las opiniones de otros artículos. Así el de J. Henderson, «*The demos and the Comic Competition*» (pp. 65-97), que insiste en que Aristófanes pone en todo caso al *demos* como “supremo juez”; el de H. P. Foiley, «*Tragedy and Politics in Aristophanes’ Acharnians*» (pp. 117-142), que hace ver muy bien cómo Aristófanes tomó

el modelo trágico del *Télefo* para dar dignidad y seriedad a la Comedia en sus opiniones sobre la paz. Temas de que también se ocupa H.-J. Newiger, «War and Peace in the Comedy of Aristophanes» (pp. 147-161): es la paz entre Atenas y Esparta para imperar juntas sobre los griegos la que desea el poeta, no se trata de pacifismo genérico.

Hay otros varios trabajos que se refieren a temas de contenido. Así, el de Ch. Segal, «Aristophanes' Cloud Chorus» (pp. 162-181), que abre interesantes perspectivas sobre la ambigüedad del coro de nubes y su apoyo a una solución moral, casi esquílea, del problema de la comedia, visión muy original; el de C. Moulton, «Comic Myth-Making and Aristophanes' Originality» (pp. 216-228, sobre *Aves* y *Lisístrata*), un tema que necesita más elucidación sobre la base de los precedentes rituales; la interpretación de las últimas piezas por A. H. Sommerstein, «Aristophanes and the Demon Poverty» (pp. 252-281), S. Saïd, «*The Assemblywomen*: Women, Economy and Politics» (pp. 282-313) y H. Flashar, «The Originality of Aristophanes' last Plays» (pp. 314-328). Este tema merece una atención especial, ya antes aludí, a propósito de la disertación de E. Segal, al problema de en qué medida hay aquí una ruptura respecto al Aristófanes anterior.

Sommerstein cree que se trata de comedias morales y sociales, que reorganizan la *polis* sobre el modelo de un *oikos*, con la simpatía del público. Rechaza la interpretación irónica: Praxágora y Crémilo son los campeones de los pobres, cree que Aristófanes tenía un lazo de afecto con los campesinos áticos y que aquí se manifiesta. Muy diferente es la interpretación de Saïd de la *Asamblea*. Cree que la ginecocracia de la *Asamblea* es un desplazamiento de la sátira cómica, una nueva locura de la ciudad. El cambio de *roles* es imposible, todo es transparente. Y, en definitiva, el fin de la desigualdad y el egoísmo llevan a más arbitrariedad y abuso: una interpretación contraria a la anterior. El estado de Praxágora es una negación de la política, es una especie de casa familiar absolutamente egoísta y fracasada. Todo ello sólo sirve para agravar los males de la ciudad: interpretación pesimista. En cuanto a Flashar, defiende ambas piezas desde el punto de vista literario, pero piensa que no hay en ellas propuestas claras, más bien ironía. El lector puede escoger.

Otros de los artículos recogidos están más bien volcados al tema literario y de composición. Hay que empezar por S. Halliwell, «Aristophanes Apprenticeship» (pp. 98-117), quien a partir sobre todo de la parábasis de *Caballeros* intenta describir cómo sería el comienzo de la carrera de un poeta cómico como el nuestro, por qué grados pasaría. Pero luego hay estudios sobre la originalidad, dentro de reglas heredadas, del tratamiento de la *párodos* (R. Zimmermann, «The *párodos* of the Aristophanic Comedies», pp. 182-193); sobre la composición de *Las Aves* (Th. Gelzer, «Aspects of Aristophanes' dramatic Art in the *Birds*», pp. 194-215); y sobre el tratamiento de los caracteres: frente a la tendencia realista aquí aparecería otra que M. Silk («The People of Aristophanes», pp. 229-251) califica de "imaginista", caracterizada por la discontinuidad y fantasía.

Como se ve, se trata de un libro que presenta puntos de vista ya uniformes ya discrepantes sobre una larga serie de temas. No, desde luego, sobre todo el arte de Aristófanes. Su relación con los orígenes del teatro y otros temas todavía quedan oscuros. Pero, con sus lagunas, el libro ofrece mucho que aprender, salvando a una serie de artículos importantes de pasar inadvertidos.

El libro, agradablemente impreso, está hecho para ser fácilmente leído. A los diferentes capítulos añade, además de la Introducción ya aludida, una lista de Abreviaturas, al comienzo; y al final un Glosario de términos técnicos. Las palabras griegas, abundantes, es-

tán dadas en transcripción y hechas inteligibles. Los editores, sin duda, piensan en un público no especialista.

F. R. ADRADOS

CALAME, CLAUDE.—*L'Eros dans la Grèce antique*. París, Belin, 1996. 255 pp.

El profesor Calame, bien conocido como estudioso de la poesía y el mito griegos, entre otros temas, emprendió ya en 1983 la empresa, tan moderna y atractiva, de escribir sobre el Eros griego antiguo. Ante nosotros tenemos una traducción francesa muy revisada y con muchas cosas nuevas.

Es, ya se sabe, un tema muy cultivado últimamente y en el que van abriéndose paso conclusiones que modifican, muchas veces, los antiguos tópicos.

El libro está organizado en cinco partes: la primera, «Tópicos de Eros»; la segunda, «Prácticas simbólicas de Eros»; la tercera, «Eros en las instituciones»; la cuarta, «Espacios de Eros»; la quinta, «Metafísica de Eros» (sigue un apéndice sobre «Eros educador»). Concluye con una lista de abreviaturas, una bibliografía, un índice de nombres propios y un índice de nociones. Está bellamente ilustrado.

El manejo de las fuentes antiguas, poesía y representaciones figuradas sobre todo, es exhaustivo; y también la bibliografía, en la que incluye mucha sociología y etnografía modernas, sobre todo americanas. Las conclusiones, capítulo a capítulo, quizá extrañen a veces a los que están fuera del tema, cuando habla, por ejemplo, de la imagen unitaria del eros sea cual sea el tipo de relación, de la asimetría de los “partenaires” y de la función, de la diferencia entre homosexualidad antigua del tipo amante / amado y la puramente pasiva, que es denostada, etc. Pero todo ello está en la línea de nuestros conocimientos actuales, que aquí o allá hace progresar.

La excelencia del libro (y a ratos su limitación) es que está fundado en un conocimiento a fondo de la poesía griega y de las representaciones eróticas de los vasos. Si tuviera que elegir dentro de él, me quedaría con la primera parte sobre los tópicos eróticos, bella exposición casi exhaustiva (aunque sobre el “amor recíproco” de la épica, p. 53 ss., podrían ponerse algunas objeciones). Sobre Eros dulce y amargo, la fisiología del deseo, las asimetrías eróticas, las metáforas, la esencial unidad del eros se dicen aquí cosas muy exactas.

Y también podría ponerse como modelo la exposición en la cuarta parte de los espacios de eros, tan esenciales en la poesía y la mitología. Un tema que proviene, evidentemente, de la unidad del eros: humano y perteneciente a cultos, dioses y ritos que llamamos “vegetales”. Resulta un cuadro muy sugestivo, sobre el que raramente se llama la atención.

Más objeciones pondría yo cuando se rozan temas institucionales, que en el libro son más bien marginales. No entiendo por qué en la parte segunda se une un capítulo sobre las “funciones eróticas de los versos mélicos” con un estudio de los amores de los literatos alejandrinos. Mis discrepancias son mayores con la parte tercera, relativa a Eros en las instituciones.

Contiene muchas cosas absolutamente válidas, pero también, creo, lagunas y asunciones difíciles de asimilar. Me resulta extraño que la relación homosexual hombre maduro / joven sea considerada casi como una institución ciudadana, al servicio de la πόλις (p. 107): estaba al servicio de la vida privada, dentro del cauce que la sociedad permitía. Es cierto,

sí, que estaba alejada del concepto moderno de pasividad. Más chocante, para mí al menos, es que se considere la situación de la hetera en el banquete como «intermedia» (p.124); y que se de tanta importancia a Eros en el matrimonio y se compare la relación del hombre con la nueva esposa a la relación con los jóvenes amantes (p. 135).

El origen de la discrepancia está, creo, en que el autor parte casi exclusivamente de la poesía y atiende menos a las reales instituciones de Atenas. En fin, mi punto de vista puede verse más en detalle en mi *Sociedad, Amor y Poesía en la Grecia antigua*, Madrid, 1996, citado en la bibliografía pero temo que no leído (ni tampoco la restante bibliografía española). En fin, es frecuente que en nuevas ediciones o traducciones se renueve la lista bibliográfica, pero sean desatendidos algunos de los nuevos añadidos: es difícil reorientar un libro ya hecho.

Para mí la poesía erótica era, en cierto modo, una compensación ideal al mundo anacrónico del matrimonio. Y la tensión entre lo institucional y lo personal (y entre la vida y la poesía) es esencial para comprender el eros antiguo. Y aun el moderno.

Siguiendo con las discrepancias, la «contestación dionisiaca del amor», el último capítulo de la parte tercera, contiene análisis de detalle muy valiosos. Pero no creo que haya una posición «dionisiaca» antierótica ni que puedan subsumirse en ella los datos de la comedia y los de la tragedia, ni separarse éstos de los del resto de la poesía. En realidad la tragedia expone el amor con los mismos rasgos tradicionales, aunque insista en sus resultados trágicos cuando choca con las instituciones. Esto no era desconocido ni por el mito ni por la poesía anterior. Y no hay antierotismo, al menos en Eurípides; el amor es presentado en él a una doble luz.

Finalmente, la parte última se ocupa de toda la especulación antigua sobre Eros como fuerza cosmogónica y cósmica, sobre su interpretación filosófica y su papel de educador. Temas importantes, como se sabe, dentro del pensamiento griego y estrechamente unidos con los tratamientos personalistas del amor.

Un libro interesante e importante, pues, aunque yo sugeriría ciertos complementos en relación con el plano institucional. Y cierto relieve a las diferencias que, pese a todo, existen entre los distintos tipos de eros.

FRANCISCO R. ADRADOS

LUCK, GEORG.—*Arcana Mundi. Magia y Ciencias Ocultas en el Mundo Griego y Romano*. Madrid, Gredos, 1995. 458 pp.

El título de este libro no refleja su contenido más que en forma aproximada. Excluye la que llamaríamos religión propiamente dicha e incluye dominios más o menos próximos a ésta: la magia (en sentido muy amplio), los milagros, la demonología, la adivinación, la astrología y la alquimia. Quizá el común denominador de todo ello, lo que se llama religión y lo que no, es su común carácter de elementos periféricos, extraños a nuestro concepto actual de religión (aunque algunos aparezcan en el Evangelio).

Pero quizá lo más interesante del libro es que cada uno de los capítulos a que acabo de hacer referencia va seguido de una antología de textos antiguos, traducidos, referentes a los mismos. Esto es absolutamente útil para que el lector pueda ampliar lo que se le dice y hacerse una idea independiente.

El capítulo más extenso de todos es el relativo a la magia. El autor (y también los autores del «Prefacio a la edición española») lucha para definir el concepto tan impreciso de la magia. Una idea útil, aunque no exclusiva, es que los pueblos conquistadores o expansivos, los griegos entre ellos, incluyeron dentro del dominio de la magia aspectos de la religión de los vencidos o asimilados. Los cristianos no operaron de otro modo.

Nuestro autor estudia la magia dándole un sentido muy amplio y centrándose, sobre todo, en lo que sabemos de la del mundo helenístico, que reunió en un conjunto aportaciones de culturas diferentes.

En este estudio de la magia antigua se comienza por su presentación literaria, de la de Circe en la *Odisea* en adelante. Aunque se mezclan demasiadas cosas, de la acción de la lira de Orfeo al muslo dorado de Pitágoras, los poderes taumatúrgicos de Empédocles, las supersticiones criticadas por Teofrasto, etc. Nuestro autor, por lo demás, correctamente, establece los diferentes tipos de operaciones mágicas (p. 56 ss.) Habla también de la teurgia, como algo superior introducido por los filósofos, distinto de la despreciada *goeteia* (p. 57 ss.); e insiste en el conglomerado de elementos griegos, judíos, egipcios, persas, etc. (p. 60 ss.).

Pienso que como una visión general el capítulo es útil, aunque el campo es tan vasto que sin duda se encontrarán lagunas. Y no veo claro el por qué de la separación del estudio de los textos latinos (Virgilio, Horacio, Séneca y Lucano entre otros), ni por qué sólo tras éstos y sin separación explícita se habla de los supuestos magos, Jesús, Simón el Mago y Apolonio de Tiana. Se ve al autor un poco desbordado por sus materiales.

Mucho más cursorio es el estudio de los “milagros” (p. 175 ss.), casi es un pretexto para la introducción de textos. Y lo mismo puede decirse de la demonología (p. 203 ss.); sobre el antiguo concepto del *daimon* ni siquiera de aduce el famoso pasaje del *Banquete* platónico. También el estudio de los héroes es muy incompleto; y sobre la nigromancia, habría que haber completado la evocación de Darío en los *Persas* con la de Agamenón en *Coéforos*.

Sobre la adivinación hay un estudio bastante amplio (p. 271 ss.); se comprende que no pueda ser exhaustivo sobre los grandes oráculos ni apenas mencione los menores; pero lo que sí habría que mencionar es la presencia del tema en Homero y Esquilo, por ejemplo. El estudio está centrado sobre todo en los sueños adivinatorios y en los oráculos institucionalizados (p. 271 ss.).

Da la impresión de que la documentación del autor es más amplia para la época helenística y romana que para la griega clásica. Igual en el capítulo sobre la astrología (p. 355 ss.), que yo habría abierto con «los brillantes señores que se muestran en el éter» del *Agamenón*. Una referencia a la continuación de la tradición griega, dependiente de la caldea, entre indios y árabes, habría sido oportuna. En fin, es de agradecer la referencia a la alquimia (p. 411 ss.).

El libro es, en definitiva, útil, pero lleno de lagunas por su propia ambición de acotar un dominio inabarcable. Para mí su mérito principal es doble. De un lado, juntar todos esos aspectos “parareligiosos”, diríamos, de la Antigüedad: da reunido lo que es para muchos difícil de encontrar y sintetizar. De otro, ya lo dije, ofrecer la colección de textos.

Esta es, para algunos sectores, particularmente completa: papiros mágicos, láminas de Dodona, inscripciones de Epidauro, poesía latina. Se echan de menos cosas, cómo no. Por ejemplo, algunos oráculos de Delfos, pasajes de Esquilo arriba aludidos, el del *Pluto* de Aristófanes sobre las curaciones de Asclepio, el del ps.-Luciano (más ilustrativo que el pa-

raleo de Apuleyo) sobre la brujería de Tesalia, etc. Pero, naturalmente, había que elegir dentro de un dominio inmenso.

Con las cosas que puedan echarse de menos, el libro, incontestablemente, cumple esa función tópica de "llenar una laguna". Es una primera introducción al mundo complejo y a veces descuidado de creencias de la Antigüedad Clásica que, no por marginales respecto a las grandes líneas de su religión y pensamiento, dejan de ser importantes para comprender muchas cosas. De la vida diaria y las creencias populares a la literatura.

F. R. ADRADOS

A. CACCIARI.—*La securitas in S. Agostino*, Università degli Studi di Parma, Istituto di Lingua e Letteratura Latina, Bulzoni editore, Parma 1995. 152 pp.

En este breve pero denso libro, A. Cacciari pone de relieve la personalidad creadora de San Agustín como exponente del esfuerzo llevado a cabo por los primeros teólogos cristianos en la adaptación del vocabulario común de los sistemas filosófico-morales clásicos grecolatinos a las necesidades de las comunidades cristianas de los primeros siglos de nuestra era. En este esfuerzo que se llevó a cabo en círculos cristianos, tuvo un papel preponderante San Agustín, quien, por citar un ejemplo, en su *De Civitate Dei* es consciente del derrumbe social y religioso del mundo antiguo y de la necesidad de crear uno nuevo sobre sus cenizas, acorde con las exigencias de los postulados cristianos. Esta renovación afectó también al plano lingüístico, como ha demostrado suficientemente A. Cacciari en este trabajo.

Como ejemplo de ello, A. Cacciari hace un interesante y detallado examen de las posibles fuentes del uso del término *securitas* en San Agustín e intenta delimitar lo que este autor debe a la herencia pagana grecolatina, lo que debe a la influencia bíblica y lo que es propiamente creación suya y original. En este aspecto, San Agustín parece ser, en opinión del autor, un sabio creador y remozador del lenguaje y, como tal, contribuyó a la cristalización de un sistema lingüístico nuevo acorde con el cristianismo y perdurable en los siglos posteriores en Occidente. Esta capacidad de San Agustín se aprecia, especialmente, en la faceta de adaptador de los esquemas antiguos a las nuevas circunstancias.

Antes de examinar con detalle los valores de *securitas* en la obra de San Agustín, A. Cacciari trata sucintamente las posibles fuentes agustinianas del uso de este término: las de época clásica (Cicerón y Séneca) y la Biblia. El planteamiento es acertado, pero echamos en falta una visión global de la presencia de *securitas* en el ámbito cristiano latino de los primeros siglos de nuestra era. Sólo al final del libro, A. Cacciari dedica unas páginas a la posible influencia de Cipriano de Cartago en la obra de San Agustín y a la pervivencia de los usos senecanos en ambos.

Respecto a la Biblia, la tradición patrística latina a la que pertenece San Agustín leía, interpretaba y citaba frecuentemente las antiguas versiones latinas de su texto (*Vetus Latina*) y sin ella no se pueden comprender las obras de plena madurez teológica de San Agustín que A. Cacciari examina en este libro: *Enarrationes in Psalmos*, *Confessiones*, *De Civitate Dei* y la epístola 130. Sin embargo, A. Cacciari no tiene apenas en cuenta este aspecto, probablemente porque se centra más en escrutar el uso literario de *securitas* en los predecesores de San Agustín que en investigar los antecedentes bíblicos de este término y sinó-

nimos. Para las referencias bíblicas latinas, A. Cacciari ha utilizado la edición de P. Sabatier (*Bibliorum Sacrorum Latinae Versiones Antiquae, seu Vetus Italica, et caeterae quaecumque in codicibus MSS, et antiquorum libris reperiri potuerunt*, Reims 1743, reimpr. Brepols, Turnhout 1991), pero actualmente disponemos ya de las excelentes ediciones de la serie *Vetus Latina: die Reste der altlateinischen Bibel* (1954 y ss.) del Vetus Latina Institut de Beuron (Alemania) que en los libros bíblicos hasta ahora editados han mejorado considerablemente el panorama textual de la edición de P. Sabatier.

En conjunto, el trabajo de A. Cacciari merece por nuestra parte una valoración muy positiva. A Cacciari no sólo ha estudiado y trazado con excelentes resultados la historia del término *securitas* desde el punto de vista de la filología; también ha profundizado en las implicaciones filosóficas, morales y exegéticas que tiene el uso de este término en San Agustín, y ha delimitado muy claramente, aunque con las limitaciones antes dichas, lo que el uso de *securitas* en la tradición literaria cristiana debe al genio creador de este autor y lo que debe a los autores clásicos, a la Biblia y a autores patrísticos.

JOSÉ MANUEL CAÑAS REÍLLO

MARANINI, ANNA.—*Filologia Fantastica. Manilio e i suoi "Astronomica"*. Bolonia, Società editrice il Mulino, 1994. 476 pp.

Anna Maranini, *ricercatrice* de la Universidad de Bolonia, es la autora de un libro que, bajo el título de *Filologia fantastica*, esconde una extensa y profunda monografía acerca de la tradición, transmisión y difusión de los *Astronomica* de Manilio. Es, precisamente, en las páginas dedicadas a la introducción (pp. 9-21) donde la autora expone un somero, pero necesario, estado de la cuestión. Asimismo, Maranini reivindica la influencia que la poesía astrológica de Manilio ha tenido en la posteridad: Séneca, Lucano, V. Flaco, Juvenal, Fírmico Materno, Nemesiano, Claudiano, Comodiano, M. Capela y, tal vez, autores cristianos influenciados por el pensamiento estoico, como Draconcio o C.M. Víctor.

En la primera parte (caps. I y II) la autora pasa revista a la transmisión del texto maniliano en la Antigüedad, así como a las casi inexistentes noticias biográficas de este *illustre sconosciuto*. También la debatida cuestión cronológica es abordada con profusa documentación por Maranini (pp. 31-35), quien liga la resolución del problema a los datos de la tradición e interpretación del texto y de sus referencias astrológicas. Una tradición que a menudo está unida a la del poeta griego Arato, ya que el contenido mismo de los *Astronomica* inevitablemente implicaba tomar como punto de partida el poema arateo, aunque no se siguiese al pie de la letra, ya que su predicamento en la literatura astronómica latina era comúnmente reconocido. La minuciosidad con que Maranini expone los datos y la finura filológica de que hace gala en todo el libro se hacen patentes en las páginas (pp. 68-74) dedicadas a la suerte del v. IV 16 (*nascentes morimur finisque ab origine pendet*), verso famoso y clave del pensamiento astrológico maniliano que pone en relación la vida y la muerte y al hombre con su propio destino. Maranini hace un completo examen de la tradición de este verso, desde los testimonios epigráficos de época augústea (o postaugústea) hasta De Montaigne, Cousin o Luisinus, en el s. XVI.

La segunda parte del libro (cap. III) está consagrada a la transmisión y tradición medieval de Manilio, comenzando por la controvertida polémica relativa al nombre y autoría,

pues es sabido que hay diversidad de opiniones. El cognomen *Boetii*, que aparece en los códices *Matritensis* 3678 y *Vossianus* 390, ha hecho dudar entre atribuir la obra a Manilio o a Boecio. Maranini se inclina, en buena lógica, por la primera adscripción, aunque reconoce que la confusión onomástica Boecio-Manilio se eternizará, a menos que nuevos datos aporten una luz definitiva. En este capítulo se dedica una especial atención a la composición y descripción de los códices que nutren el elenco medieval, fundamentalmente los *Gemblacensis*, *Lipsiensis* y *Cusanus*, los dos primeros del s. XI y el último del s. XII.

La parte tercera (caps. IV-VII) está dedicada a la transmisión y tradición de Manilio en el Humanismo. En este sentido, es esencial el papel desempeñado por Poggio Bracciolini en el s. XV, ya que este miembro de la curia papal, en alguno de sus muchos viajes a monasterios suizos y alemanes, tuvo acceso, entre otros, al célebre manuscrito de los *Astronomica* perteneciente al monasterio de Bobbio y hoy perdido, y del que es copia el conocido *Matritensis* 3678. Este código perdido ya aparece citado en las *Cartas* 8 y 130 del Papa Silvestre II, sabio personaje conocido en el siglo como Gerberto de Aurillac y que con su amplísimo bagaje cultural supone el cierre definitivo del llamado “siglo de hierro” del Papado. La personalidad de Gerberto de Aurillac, que también era lector de Manilio, está muy bien reflejada por Maranini en el cap. III (especialmente en las pp. 77-98). La pérdida del código maniliano de Bobbio ha convertido al *Matritensis* —a pesar de sus errores: inversiones de letras, diplografías, haplografías, omisiones, etc.— en un manuscrito básico para la edición de los *Astronomica*. Este código habría permanecido en posesión de Poggio hasta su muerte (1459). En esta parte tercera Maranini realiza la descripción e historia de los veinticinco códices humanísticos de Manilio (pp. 133-151), así como de los siete manuscritos italianos y del código londinense que han transmitido los *excerpta* y fragmentos del texto maniliano (pp. 152-156). En el cap. V aborda Maranini el interés que entre los humanistas, despertaron los *Astronomica* a partir de Poggio Bracciolini; de indudable interés filológico, por su rigor, son las páginas dedicadas a los incunables, así como a los lectores y poseedores de ediciones (pp. 163-175). Los caps. VI y VII completan la parte tercera con un documentado recorrido relativo a la fortuna de los *Astronomica* en otros países de influencia italiana y su suerte en el gran período renacentista.

La parte cuarta (caps. VIII y IX) consiste en un estudio de las primeras ediciones de los *Astronomica*, con especial atención a aquellas que constituyen el *corpus más antiguo*, del s. XV (pp. 251-256). Asimismo, Maranini trata con esmero el valor que tuvo el descubrimiento del código *Gemblacensis* (pp. 260-268) —por cierto, el único código medieval de Manilio que conoció Escalígero, que también fue editor de este poeta— y el lugar que ocupaban los *Astronomica* en el saber de los eruditos e ilustrados del s. XVII. Para la crítica textual el capítulo más interesante es el cap. IX, donde la autora aborda cuestiones de ecdotica: importancia de los distintos códices de cara a una edición e hipótesis sobre la constitución del *stemma*, pasando revista a los intentos realizados por Garrod, Reeve o Goold y a la imposibilidad de establecer un arquetipo (pp. 299-324). Las posturas actualmente se han vuelto más eclécticas en lo que a crítica textual se refiere y, en general, se edita un texto sin someterse al ideal de un *stemma* rígido. No obstante, cualquier intento de clasificación de los manuscritos, por lo que supone de organización y sistematización del material codicológico, siempre será bienvenido.

La obra de Maranini finaliza con unas conclusiones (pp. 327-344), en las que repasa ideas ya expuestas a lo largo de los capítulos anteriores, y con unos utilísimos y muy documentados apéndices sobre manuscritos y ediciones, así como un amplio elenco de edicio-

nes manilianas de los ss. XV-XVIII que presentan anotaciones y/o *ex libris*, clasificados por bibliotecas (pp. 347-371). La bibliografía (pp. 375-437), que se nos antoja exhaustiva, y un índice analítico (pp. 445-468) y de lugares citados de los *Astronomica* (pp. 469-476) son el adecuado broche de un trabajo absolutamente recomendable y ya imprescindible para los estudiosos del poema de Manilio.

ESTEBAN CALDERÓN DORDA

LÓPEZ EIRE, ANTONIO.—*Semblanza de Libanio*. México, Universidad Nacional Autónoma de México (Col. Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos), 1996. 303 pp.

La obra en que traza Antonio López Eire la semblanza de Libanio está compuesta de ocho capítulos constituidos por otros tantos trabajos separados, probablemente objeto de comunicaciones diferentes en diversos congresos o revistas. Es decir, que los capítulos no están conectados entre sí (se echa en falta una introducción o prólogo en que se nos informe sobre la naturaleza de esta subdivisión).

El autor comienza su exposición con el capítulo «Semblanza de Libanio», en el cual dirige su examen precisamente sobre el rétor de Antioquía de Siria. Sin embargo, evita el fijarse en los detalles íntimos de la vida del personaje (condición de hipocondríaco y valetudinario, concubinato con una mujer de condición servil). Para el autor de la semblanza, es tan ocioso como inútil tratar acerca de ello, pero sí considera fundamental, con el fin de conocer cualquier figura histórica, el examen de las circunstancias históricas de su tiempo, de los gustos de la época, de los géneros literarios aceptados en el momento, es decir, la observación de los factores que influyeron en el personaje concreto, y de los que no pudo sustraerse. En ello, López Eire acierta plenamente, a nuestro modo de ver. El rétor queda, además, inserido dentro de las corrientes literarias y enmarcado en la historia de la oratoria y de la retórica. No es esta semblanza, por otro lado, una mera biografía, sino la plasmación del carácter de Libanio mediante sus discursos, acordes con los sucesivos acontecimientos de su época; es la biografía de su alma y de su carácter a través de su obra. El autor del trabajo elabora una biografía que no pretende llegar a muchos detalles de la vida del rétor estudiado, puesto que no se sabe tampoco mucho de ella, pero que sí se refiere en especial a lo que se desprende de sus cartas. En efecto, Libanio resaltó tanto en su enseñanza de la retórica como en las relaciones que mantuvo con personajes principales de su época. Destaca en especial la amistad que se dio entre Libanio y el emperador Juliano, llamado el Apóstata.

En el segundo capítulo de esta obra, «De la retórica moral a la carta de intercesión», López Eire traza, en primer lugar, las características de la retórica en tiempos de Libanio, si bien se remonta acertadamente dos siglos antes, para fijarse en el modelo de Libanio, Elio Aristides, es decir, hasta la época de la segunda Sofística (siglo II d.C.). La retórica de Aristides y Libanio, concebida como un arte para salvar al ser humano y sus ciudades, no toma como referencia a Aristóteles, que más bien veía la utilidad de la retórica en provecho propio. Con esto nos remontamos aún más en el tiempo, aunque ya anteriormente, López Eire se ha fijado en el común maestro de Elio Aristides y Libanio, que fue Isócrates. Es decir, debemos examinar las fuentes en que bebe Libanio para conocer cómo entiende la retórica. Una parte no pequeña de este segundo capítulo está dedicada a mirar atrás des-

de la época de Libanio para estudiar la evolución de la retórica desde su surgimiento alrededor del año 400 a.C. hasta el tiempo de nuestro rétor. El autor del estudio distingue cuatro clases de corrientes retóricas: la retórica sofística o retórica isocratea, de la cual surge la retórica literaria, cuando aquella retórica oral se vierte en los escritos; en tercer lugar, la retórica filosófica o aristotélica y, por último, la retórica técnica.

A continuación, López Eire se vuelve a introducir en el alma de Libanio examinando el fondo de algunas de sus cartas y sus discursos. Por medio de esta obra nos muestra el rétor cuáles eran las características del buen emperador: ayudar a la patria y ejercer la benevolencia con sus súbditos (*philanthropia*). “Ayudar” (βοηθεῖν), que, tratándose del emperador es lo mismo que salvar, es un término que también utiliza Libanio en la definición del primordial cometido del rétor. Posteriormente, el autor del estudio pasa a examinar más de cerca algo del estilo de Libanio, comparando algunos de sus discursos con algunas de sus cartas, para ver las diferentes maneras de aplicar el arte de la elocuencia para conseguir un fin (los textos elegidos no son epidícticos, sino compuestos para un fin práctico: en ayuda de personas injuriadas). Parte para ello del estudio que sobre la retórica lleva a cabo Aristóteles, en especial su definición del *onkos*, la hinchazón, y la *syntomia*, o concisión del estilo. Concluye que si bien la primera es más propia de los discursos y la segunda de las cartas, pueden darse retazos de ampliaciones en las cartas y destellos de concisión en los discursos; es decir, que los géneros literarios no deben ser divididos drásticamente según si están en prosa o en verso.

En el tercer capítulo del libro, titulado «Reflexiones sobre los discursos de Libanio al emperador Teodosio», traza López Eire una breve descripción de las clases sociales en la época de Libanio, el siglo IV a.C. Habiéndose diferenciado de modo abismal la riqueza de las clases altas y la pobreza de los *humiliores*, la situación de injusticia se perpetúa de manera que existen dos varas de medir: la justicia de los acaudalados y los influyentes, y la de los desposeídos. Libanio contribuye a mitigar en algo la injusticia infligida a quienes menos influían e importaban en la sociedad de su tiempo, y contribuye especialmente mediante sus epístolas dirigidas al emperador Teodosio. Diversos casos de injusticia, incuria, corrupción, codicia y rapacidad enumerados por el autor de la semblanza sirven para mostrar cómo era la sociedad de tiempos de Libanio y para demostrar que el rétor se ocupaba de aliviar en algo la situación de las víctimas con sus intercesiones ante el emperador y otros dirigentes, «poniéndose decididamente y sin concesiones del lado de la justicia». También se pasa revista a algunas cartas en las que Libanio recomienda a amigos suyos ante el emperador o los defiende de algún ultraje o injusticia en general. En este capítulo, las citas literales del griego casi desaparecen (se traduce casi siempre), aunque no las de otra bibliografía, cuyas citas están especialmente en alemán.

El cuarto capítulo, «Retórica frente a cristianismo en la autobiografía de Libanio», es el más breve y está dedicado a examinar un nuevo factor de diferenciación entre pobres y ricos en la época en que vivió el rétor: la educación en letras. No obstante, López Eire se fija en un aspecto más concreto de esta educación literaria; se trata de la exclusión de la que los paganos entendían que debían ser objeto los cristianos que pretendían dedicarse a dicha *paideia*. Se establece, asimismo, un parangón entre la *paideia* pagana, que tenía en la retórica un puntal importantísimo, y la *paideia* o doctrina cristiana, más proclive a aprovechar lo que de aprovechable tenía la filosofía griega. En este capítulo se han eliminado las citas en griego, transcribiendo al alfabeto latino las pocas que se dan. En ello vemos un progreso, puesto que ayuda a la comprensión – o, al menos, a la lectura – de los que no

comprenden aquella lengua, si bien el procedimiento resta en alguna medida coherencia formal entre los diferentes capítulos del libro.

«Oratoria, retórica y filantropía en las epístolas de Libanio» es el epígrafe del quinto capítulo, en el cual López Eire se detiene en una epístola enviada por Libanio a su antiguo discípulo Anfiloquio, obispo de Iconio, en la que menciona, entre otras cosas, las características principales de un buen rétor y orador: «convertirse en objeto de emulación para sus discípulos ... y defender con las armas en las que él es experto, o sea, las palabras, a la comunidad a la que sirve». En este capítulo vuelven las citas en griego, si bien en mucha menor medida que se prodigaban en los dos primeros.

En el capítulo sexto, «Sobre funciones, fórmulas y partículas en las epístolas de Libanio», el autor se entrega a un análisis más formal y funcional de las cartas del rétor antioqueno, identificando en primer lugar las funciones primordiales de una epístola: la de informar y la de pedir o exhortar, funciones que se vinculan claramente con las del antiguo mensajero. Ahora las citas literales del griego se multiplican, puesto que el autor de la Semblanza pasa a examinar la estructura de las cartas de recomendación, estudiando las fórmulas utilizadas en cada sección (fórmulas de identificación del recomendado, de explicación de las circunstancias que mueven a la petición de favor y fórmulas de petición misma). El pormenor se hace presente en el momento en que el autor se para a estudiar las partículas de transición entre las fórmulas de explicación y petición en Libanio y otros autores, y la evolución de dichas partículas en el griego helenístico y tardío, así como las fórmulas concretas de introducción de las peticiones mismas. En fin, es un estudio filológico pormenorizado de verdadera crítica literaria y textual. Al final coloca ejemplos de cartas en que se va viendo la estructuración propuesta.

En el siguiente capítulo, «Las citas homéricas en las epístolas de Libanio», el autor de la Semblanza habla de un tema interesante, los pasajes de las cartas en las que el rétor utiliza las referencias homéricas. Se menciona por medio de una lista todos los pasajes tales, lo cual informa de que el rétor echa mano de la *Iliada* un 85 % de las veces, mientras que la *Odisea* es citada sólo en un 15 % de ellas. Tras ello, se examina cuál es la naturaleza de esas citas, si se trata de citas autorizadas, polémicas, ejemplificadoras, comparativas u ornamentales (según la división que trazó J. F. Kindstrand). Se desprende del examen que en las epístolas del Antioqueno se usa las referencias homéricas únicamente para comparar y embellecer. Aquí las citas en el griego original no son muchas. No obstante, López Eire pasa revista a las comparaciones que establece Libanio cuando aduce los pasajes homéricos, como cuando parangona las figuras del guerrero que lucha en favor de su patria con la del rétor que la defiende con su palabra. López Eire descubre con gran intuición que la causa por la cual Libanio utiliza con mayor frecuencia la *Iliada* que la *Odisea* para sus citas se halla en «la mayor afinidad analógica de la trama de aquel poema con la visión del mundo que el rétor traslada a sus cartas».

En el último capítulo, titulado «Una carta muy breve de Libanio (Lib., *Ep.* 3F)», que puede considerarse una ampliación del capítulo sexto, se procede al análisis estilístico de dicha epístola, que se compone de tres únicas líneas. Se detiene en particular en las fórmulas de identificación, explicación y petición, de las que habla en el capítulo sexto, aunque el autor añade ahora otros tipos de fórmulas: la de salutación, la de apreciación, las circunstanciales, la de despedida. Es interesante la distinción, brevemente desarrollada, que establece entre epístolas privadas de recomendación provistas de elaboración literaria y las que no lo están. Se multiplican de nuevo las citas en griego.

En resumen, el trabajo de Antonio López Eire se incorpora a aquéllos muy valiosos que ayudan a profundizar en autores que no son muy valorados dentro del panorama general de la literatura griega. El trabajo puede considerarse casi único en lengua española.

JORGE MARTÍNEZ DE TEJADA GARAIZÁBAL

RUIZ SÁNCHEZ, M.—*Confectum carmine. En torno a la poesía de Catulo*. 2 tomos. Murcia, Universidad, 1996. 225 + 422 pp.

La obra de Catulo, el gran poeta latino que en nuestros días sigue ganando adeptos, fue objeto hace pocos años de un cuidadoso estudio por parte de M. Ruiz Sánchez, en un trabajo que, dirigido por la profesora Moya del Baño, se presentó como tesis doctoral en Murcia en el año 1991. En los dos volúmenes que tenemos ahora en nuestras manos podemos encontrar aquel primer análisis aunque mejorado, ya que, como nos informa el autor en la presentación de la obra, se han resumido aquí algunos aspectos y se han incorporado nuevos materiales y nueva bibliografía.

El interés del investigador, según él mismo confiesa, no se encamina tanto a ofrecer una imagen novedosa de Catulo, como a rescatar la diversidad de intereses de su poesía a la par que se subraya la unidad profunda de su *Liber*, por encima de la dicotomía (poeta espontáneo / poeta *doctus*) que la crítica literaria de otros tiempos quiso poner de relieve.

El conjunto del trabajo se reparte en dos volúmenes; en el que da inicio a la obra, tras insertar unos prolegómenos en torno a la consideración de la poesía catuliana en la crítica moderna y en torno a la intertextualidad del *Liber*, M. Ruiz se centra en varios objetivos: primero, realizar un examen de carácter general acerca de la poética de Catulo, después, el estudio de los poemas que se refieren al complejo temático poesía-amor-amistad y al *lusus* erótico, y, por último, la consideración de los poemas del adiós y de los que recogen el tema del *discidium* amoroso. El segundo volumen, en cambio, se distribuye en dos grandes partes, la primera referida a la interpretación del mito y a la experiencia personal de Catulo, y la segunda enfocada al estudio de su poesía satírica. Estos capítulos se reparten a su vez en apartados menores, entre los que destaca quizá la revisión del poema LXVIII, a cuyo estudio se dedican casi ochenta páginas.

En general, el acercamiento a la obra catuliana se realiza mediante un análisis de cada uno de los poemas, con vistas a lo cual se van recogiendo las distintas interpretaciones que en cada caso nos ofrece la investigación actual -al menos las más significativas- en torno al contenido que se examina. El método, que en principio tiene la virtud de examinar una muy abundante bibliografía, se queda quizá un poco corto en el sentido de que no siempre el autor se presta a tomar partido en torno a las múltiples y a veces contradictorias exégesis que han ido surgiendo, sino que tiende a presentarlas a modo de muestrario; a nuestro cargo queda, eso sí, la posibilidad de acercarnos a las distintas interpretaciones mediante la consulta de los trabajos que se indican en cada caso.

En ese sentido, se echa también en falta un capítulo en que se ordenen y presenten de una manera clara -casi plástica, nos atreveríamos a pedir- esas relaciones intertextuales que manifiestan la unidad de composición del *Liber*, pues aunque se hayan ido haciendo notar a lo largo del trabajo que reseñamos, se precisa una elaboración sistemática que facilite la

intelección del conjunto. Es tarea que se puede afrontar, sin duda, en una publicación posterior, pero que habría servido para redondear un trabajo valioso.

Cierran el segundo volumen un abundante elenco bibliográfico y un índice de los lugares citados, que sin duda representarán una gran ayuda para el filólogo estudioso de Catulo.

Una advertencia: se trata de un estudio filológico hecho para filólogos, de manera que no puede recomendarse al sencillo amante de la poesía de Catulo, pues, o bien se perdería entre tanta información y tan diversa, o bien, en su deseo de proseguir paso a paso los caminos que se abren, podría encontrarse sin fuerzas y optar por abandonar la lectura.

En definitiva, se trata de un estudio muy documentado que ha exigido, sin duda, un gran esfuerzo de parte del autor para llegar al conocimiento de las abundantes líneas de investigación que se han ido tejiendo hasta hoy en torno a la obra de Catulo.

Un libro, pues, que merece ser estudiado y tenido en cuenta, aunque resulte más interesante con vistas a conseguir un conocimiento detallado de la documentación que para obtener una visión de conjunto.

M^a LUISA ARRIBAS HERNÁEZ

MARCO SIMÓN, FRANCISCO.—*Flamen Dialis. El sacerdote de Júpiter en la religión romana*. Madrid, Ediciones Clásicas, 1996. X + 254 pp.

El objetivo del libro que aquí se reseña es el estudio de la figura del *flamen Dialis* en el contexto de la religión romana y desde una perspectiva histórica. El tema es del máximo interés, pues se trata de una investigación desarrollada en torno a un sacerdote que siempre mantuvo un papel central y nuclear en la religiosidad romana, y cuya propia figura contenía algunos de los elementos considerados por los propios romanos como consustanciales a la esencia de su religión y, en consecuencia, de su propia ciudad. En este sentido, el sacerdote de Júpiter se presenta como «el más romano de los romanos y más humano de los humanos», y su vida se manifiesta como «el corazón mismo de la religión romana» (p. 3, citando a Scheid y Kerényi).

La empresa abordada por el profesor Francisco Marco, cuenta, naturalmente, con unos antecedentes historiográficos (entre los principales, J.G. Frazer, G. Dumézil, C. Koch, K. Kerényi, W. Poetscher, A. Brelich, G. Martorana, J. Scheid o J.H. Vanggaard), aunque frente a ellos este trabajo destaca notablemente por el tratamiento integral del objeto de estudio, por la amplitud de las cuestiones planteadas, por la fructífera aplicación de una variada gama de categorías y estrategias de análisis (destacando especialmente las procedentes de la antropología), por la presentación de un sugerente modelo interpretativo y, en fin, por la importancia de las conclusiones obtenidas.

El trabajo se estructura en 7 capítulos, que están precedidos por una introducción en la que el autor, además de exponer sus objetivos y el método de trabajo, presenta una reflexión sobre el pensamiento romano arcaico con la finalidad de establecer un marco conceptual en el que insertar el estudio sobre el sacerdote de Júpiter.

El capítulo 1 está dedicado a la presentación de las fuentes literarias esenciales, de entre las que destaca con gran diferencia el conocido pasaje de Aulo Gelio sobre las prohibiciones del *flamen Dialis* (*Noctes Atticae* X 15), texto fundamental que el autor considera refe-

rencia prácticamente textual a los libros pontificales (*Libri Annales Pontificum Maximorum*), fuente original de la información.

Bajo el título «El sacerdote en Roma», que constituye el capítulo 2, se enmarcan una serie de consideraciones sobre la naturaleza del sacerdocio primitivo, la etimología de la palabra *flamen*, las características del sacerdocio romano, los flámenes mayores y menores (se defiende que tal distinción entre unos y otros obedece a la diferencia de importancia de los dioses a cuyo culto están adscritos de forma exclusiva) y el origen del flaminado. En este último apartado se afirma la necesidad de enfrentarse al problema y se sostiene que el flaminado se inscribe en el más antiguo horizonte religioso de Roma, con un ascenso secundario del pontificado.

En el capítulo 3, «*Flamonium Diale*», se estudian tres aspectos relacionados con el sacerdocio de Júpiter: distintas interpretaciones sobre dicha figura, la forma de nominación y su dignidad y atributos. Aquí el autor comprueba la mayor antigüedad del *Dialis* respecto de los demás flámenes y argumenta la existencia de una dualidad esencial primitiva entre el rey y ese sacerdote, que conformaría un “horizonte mágico-religioso” superado posteriormente por otro “político-jurídico”, definido por la relación *magistratus-pontifex*. Ambos sacerdocios constituyen, en palabras de F. Marco, «la expresión concentrada y simbólica de dos formas diversas y sucesivas de la religiosidad, y su relación se define en términos que se caracterizan cuando menos por la ambivalencia y la ambigüedad» (p.229). Respecto al modo de nominación, la *captio* pontifical, lo entiende como una forma de indicar que el flamen devenía “preso” de la potencia sacra, del poder de Júpiter.

El análisis de las interdicciones del *flamen Dialis*, capítulo 4, constituye el elemento central y nuclear de este trabajo. El capítulo se abre con unas consideraciones preliminares sobre la pertinencia del uso del concepto de tabú para calificar las prescripciones que afectan al flamen, por su sustancial equivalencia con los vocablos *caerimoniae* y *castus*, empleados por los latinos. El autor plantea los *castus* desde la perspectiva de un modelo de interdependencia, en la que los campos semánticos que definen cada una de las prohibiciones se relacionan entre sí en términos de “simpatía” y “antipatía”. De acuerdo con esta idea fundamental el estudio se organiza, partiendo del texto de Aulo Gelio, en torno a cuatro núcleos de prescripciones que tienen como «elemento quicial la permanente festividad del flamen de Júpiter (*cotidie feriatus*)»: las que aseguran su *libertas* esencial respecto a toda atadura propia del mundo profano (imposibilidad de prestar juramento, portar anillos o nudos); las que pretenden garantizar su permanente presencia, su *adsiduitas*, en la ciudad (prohibición de sacar fuego, *trinoctium*, lecho en contacto con la tierra); las que expresan el “simbolismo corporal” del sacerdote, cuyo propio cuerpo es tanto *speculum* de Júpiter como de la sociedad romana (reglas atinentes al *apex*, desnudez, cabellos y uñas); las que tratan de evitar la contaminación (*pollutio*) de su sacralidad.

En el capítulo 5 se analiza la naturaleza excepcional de la pareja flaminial, imagen de la familia romana más antigua, y la figura de la flaminica, paradigma de la mujer romana y símbolo de la “fecundidad en potencia”. Se defiende aquí también la idea de que la *flaminica Dialis* tiene un papel activo en el culto, y se pasa revista a los diversos rituales en los que participa esta sacerdotisa: la fiesta de los salios, el misterioso ritual de los Argeos y los *Vestalia* (donde se señala las especiales relaciones que vinculan a las Vestales y el *flamonium Diale*). Muy interesante resulta, igualmente, la referencia a una serie de reglas del ámbito céltico (*geasa*) que tiene una significación próxima a las que afectan al flamen y a

la flamínica, sobre todo por la inexistencia de paralelos claros en el marco de la propia religión romana o griega.

El estudio del papel del flamen en la religión romana se completa con el capítulo 6, «Las obligaciones del *flamen Dialis*», que está dedicado a los actos rituales en los que se puede atestiguar la presencia del sacerdote de Júpiter: *confarreatio*, *ovis Idulis*, sacrificio a *Fides*, *Vinalia* y *Lupercalia*.

En el último capítulo se aborda la evolución histórica del flaminado, cuestión capital (aunque habitualmente desatendida) que le permite al autor desechar la imagen del flamen como “fósil” sacerdotal propugnada desde posiciones historiográficas “primitivistas”. Desde esta perspectiva se reflexiona sobre el paradójico papel del *flamonium Diale*: por una parte, fundamento esencial de la propia *res publica*, por otra, sacerdocio escasamente atractivo para las aristocracias romanas por su incompatibilidad con la actividad política.

La obra, que concluye con unas «consideraciones finales» (síntesis clara de su contenido), se completa con un esquema sobre «los *castus* del *flamen Dialis*» (p. 139), un apartado bibliográfico, un índice de fuentes literarias, el texto de Aulo Gelio (*Noctes Atticae* X 15, ed. de P.K. Marshall, Oxford, 1990-) y una lista de los *flamines Diales* conocidos.

En definitiva, hay que dar la bienvenida a este riguroso trabajo del profesor Francisco Marco Simón, que constituye una aportación destacada no sólo en el elenco de los estudios específicos sobre el *flamen Dialis* sino también en el de los estudios sobre la religión y sociedad romanas.

JOSÉ A. DELGADO DELGADO

DÍEZ DE VELASCO, FRANCISCO.—*Termalismo y religión (La sacralización del agua termal en la Península Ibérica y el norte de África en el mundo antiguo)*, Monografías de ‘*Ilu*, *Revista de Ciencias de las Religiones* n.º 1, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense, 1998. 180pp.

Con este estudio sobre el valor religioso de las aguas termales en la antigüedad se inaugura la serie de monografías de ‘*Ilu*, revista de Instituto de Ciencias de las Religiones de la Universidad Complutense. Si ya esta revista había supuesto un hito importante para los estudios de ciencias de la religión en nuestro país, como publicación en la que se han podido canalizar los trabajos que, desde diferentes perspectivas, se están llevando a cabo en los diversos campos que se pueden englobar bajo la denominación genérica de «ciencias de las religiones», qué duda cabe de que la consolidación de esta colección de monografías supondrá un impulso fundamental para la institucionalización en España de esta disciplina.

La serie no podía haber iniciado su andadura de forma más airoso: un reconocido experto en religiones antiguas, Díez de Velasco, nos presenta aquí un exhaustivo trabajo sobre la sacralización de los manantiales de aguas termales en el ámbito geográfico del Mediterráneo occidental, concretamente en la península Ibérica y el norte de África. Comienza el libro con una introducción general (pp. 7-13), en la que se pasa revista de una forma sucinta a cuestiones relativas a la relación entre agua y religión, a la diferencia entre *terma*, *balneario* y *balneario* de aguas termales y a los problemas específicos que plantea el estudio de los cultos termales debido, entre otros factores, a que, por regla general, en la península Ibérica los establecimientos han seguido en uso en época moderna.

A partir de aquí el estudio se estructura en tres partes: «topografía del culto termal», «teología termal» y «características del culto termal». En la primera de ellas (pp. 15-52) se comienza por discutir cuáles son los criterios que, una vez constatada la presencia de aguas termales, nos permiten determinar la existencia en dicho lugar de un culto termal antiguo, tarea que en ocasiones no resulta sencilla, pues, cuando se trata de un establecimiento situado en un núcleo urbano y debido a que en muchos casos los hallazgos arqueológicos y epigráficos son antiguos y carecen de contexto, no es fácil determinar si, dado un documento concreto (exvoto, inscripción, etc.), se puede poner en relación con las aguas termales o no. Las pp. 18-49 nos ofrecen un catálogo de los yacimientos de aguas termales existentes en la zona geográfica considerada para los que ha resultado posible documentar algún tipo de práctica religiosa. Díez de Velasco clasifica los lugares en cinco grupos: localidades denominadas *aquae* en época romana, santuarios de las aguas, balnearios campestres, balnearios en ciudades y fuentes termales con acondicionamiento mínimo. Como se observa - y el propio autor explicita en la p. 17 -, se trata de un criterio de tamaño y función salvo en el caso del grupo de las *aquae*. Dentro de cada uno de estos cinco grupos la clasificación que se sigue es por provincias romanas. Se estudian así sesenta y cuatro lugares con culto a las aguas termales, lo que da una idea de la riqueza y amplitud de esta obra.

El segundo capítulo (pp. 53-120) es el más extenso y en él se reúnen y estudian de forma conjunta por primera vez todos los testimonios epigráficos relativos al culto a las aguas termales en *Hispania* y el norte de África. De cada uno de ellos se ofrece el texto latino y las referencias bibliográficas a las ediciones anteriores, al tiempo que se acompañan en la mayor parte de los casos de un dibujo que permite hacerse una idea de la tipología de estas inscripciones y sus soportes. Se trata de un total de veintinueve divinidades o grupos de divinidades diferentes, que aparecen repartidos en veinticinco apartados, sumando un total de ciento tres inscripciones. El número mayor de epígrafes corresponde, como resultaba esperable, a las Ninfas, advocación bajo la que han podido confluír en época romana divinidades de raigambre indígena cuyo culto puede remontar mucho más atrás en el tiempo.

Por comentar algunas cuestiones de detalle, como el propio autor afirma (p. 61) la relación de la diosa *Cohuetene* (dat.)/ *Cuhue(tenae)* (dat.) -que conocemos por dos inscripciones de la provincia de Lugo- con las aguas termales es tan solo hipotética y se basa antes que nada en la aceptación de la posibilidad de identificarla con la británica *Co(n)uentina*, posibilidad que, aunque atractiva, no acaba de resultar satisfactoria desde el punto de vista lingüístico, al menos en función de las explicaciones ofrecidas hasta el momento. Para otro dios indígena hispano, *Edouio* (dat.), en cambio, una interpretación etimológica a partir de la raíz indoeuropea **aedh-* (lat. *aedes*, gr. αἶθω, etc.) me resulta muy verosímil. Por lo que se refiere al análisis del dedicante del ara consagrada a las *aquae* en Caldas de Monchique (n.º 12/1, pp. 78-79), habida cuenta de que *Patul(a)ius* carece de paralelos en la epigrafía de *Hispania*, quizá habría que pensar en una interpretación como *P(ublius) Atul(ius/us)*, lo que permitiría incluir este nombre en la bien conocida serie onomástica en *At(t)-*. Por otra parte, tal vez habría que incluir en el repertorio de divinidades a *Celiborcae* (dat.), si es que, como se afirma en la bibliografía al uso (véase, p. ej., J. M.ª Blázquez, *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, Madrid, 1975, p. 55), se la puede poner en relación con alguna fuente termal, lo que, además, cuadraría muy bien con su propio nombre, que, según he propuesto en otro lugar (J. de Hoz, F. Fernández y E.R. Luján, «La “frontera religiosa” y los teónimos indígenas de la Hispania central y oriental», *Actas do II Colóquio*

Internacional de Epigrafia, Culto e Sociedade «Divindades Indígenas e Interpretatio Romana», en prensa), podría significar literalmente 'salutífera' (de *celt-**kail- 'salud' más un segundo término de la raíz **bher-* 'llevar' en grado o).

Finalmente, en el tercer capítulo (pp. 121-150) se extraen las conclusiones a partir de los datos y discusiones ofrecidos en los dos anteriores, en lo referente tanto a las divinidades asociadas a las aguas termales, a la tipología de los cultos termales y a su sociología (dedicantes indígenas o romanos, hombres o mujeres, etc.), así como a los diferentes modelos existentes. Por lo que se refiere al modelo céltico (pp. 142-146), creo que, en función de la documentación disponible, defender que los romanos ejercieron un papel desestructurador sobre las sociedades galaicas al limitar el papel de divinidades como *Bormanicus* a un nivel privado como meros dioses acuáticos es demasiado arriesgado, ya que dicha conclusión se basa en una cadena de hipótesis que, hoy por hoy, no resulta posible comprobar. La interpretación de las *pedras ferosas* como saunas iniciáticas propuesta por Almagro Gorbea es verosímil, pero el hecho es que carecemos de datos para extrapolar su función a los manantiales naturales de aguas termales. También la proximidad funcional entre *Bormanicus* y el irlandés *Diancecht* resulta muy hipotética, dado que no existen pruebas del carácter guerrero del primero, ya que la relación entre *Bormanicus* y el epíteto *Borus* referido a Marte en dos inscripciones portuguesas - relación que Díez de Velasco parece aceptar siguiendo una idea de Blanca García Fernández-Albalat - es muy dudosa: las posibilidades etimológicas de *Borus* son múltiples (v. D.E. Evans, *Gaulish Personal Names*, Oxford, 1967, pp. 154-155 a propósito de los nombres en *Bor-* en general) y, de hecho, para que *Borus* fuera una forma de la misma raíz que *Bormanicus* habría que partir de **g^whoros*, con mera tematización, forma que no parece estar atestiguada en ninguna lengua indoeuropea (v. J. Pokorny, *IEW*, pp. 493-495).

Se completa el libro con las concordancias de las inscripciones en él recogidas y unos índices de fuentes (epigráficas y literarias), teónimos y topónimos que lo hacen muy accesible para quienes acudan a él buscando informaciones puntuales. Estamos, en definitiva, ante un libro muy valioso y de provechosa lectura y que supone una importante aportación al conocimiento de un aspecto muy interesante de la religión antigua de *Hispania* y el norte de África.

EUGENIO R. LUJÁN

KNIGHT, VIRGINIA.—*The Renewal of Epic. Responses to Homer in the Argonautica of Apollonius*. Leiden, E. J. Brill, 1995. 335 pp.

El presente trabajo, versión revisada de una tesis doctoral (Cambridge, 1990), estudia los diversos modos de alusión a la épica homérica en las Argonáuticas de Apolonio. Como su autora señala, el estudio se encuadra en una corriente crítica que subraya la importancia de la «imitación creativa» en las literaturas clásicas; pues la *aemulatio* del modelo, el *arte allusiva*, es una constante en toda la creación poética greco-latina, y no sólo en la poesía helenística, aunque en ésta alcance especial relieve. Las Argonáuticas, con su recreación de la *Iliada* y la *Odisea* en diferentes aspectos y niveles, ofrecen una particular lectura de Homero (al tiempo que incorporan notables divergencias, como el uso de un lenguaje no formulario, o innovaciones, como el empleo de los αἰτίαι). Sobre este importante tema,

que ha sido objeto de investigaciones puntuales, se nos ofrece ahora un estudio más amplio y sistemático.

El libro consta de cinco capítulos, a los que se añade una extensa bibliografía y útiles índices (de nombres y temas; de pasajes discutidos; y de términos griegos). En el cap. I (Introduction, pp. 1-48) la autora repasa las distintas formas de alusión a la *Iliada* y la *Odissea* en el poema de Apolonio (léxico y fraseología, símiles, escenas, episodios paralelos, personajes, aparato divino, y realia). Luego la investigación se centra en el análisis particular de determinados pasajes, de los que se excluyen elementos típicamente épicos como el proemio, el catálogo o la ἔκφρασις del manto de Jasón. Y comienza, a modo de ejemplo (pp. 41-48), con el examen de la descripción del paso de las Simplégades (*Arg.* II 537-605) que, además de evocar su principal modelo (las «Rocas Errantes» de *Od.* XII), recoge ecos de otras aventuras de Odiseo (Escila y Caribdis, Polifemo, etc.) y recuerda las intervenciones de Atenea en *Il.* IV 127 ss. y *Od.* VII 14 ss.

En los caps. II («The Homeric Recurrent Scene», pp. 49-81) y III («Battle Scenes», pp. 82-121) se analiza el tratamiento de varios tipos de escenas homéricas recurrentes: la escena de sacrificio antes de la partida (*Arg.* I 402-49), que adapta elementos típicos del sacrificio y la plegaria épicos (en especial de *Od.* III 430-63 y de *Il.* I 446-66); la viva descripción del combate entre Arnico y Polideuces (*Arg.* II 1-97), que se sirve sucesivamente de dos pasajes homéricos (*Il.* XXIII 681-95 y *Od.* XVIII 10 ss.); la descripción de la tormenta y el naufragio de los hijos de Frixo (*Arg.* II 1097-1121), que recoge paralelos de distintos pasajes odiseicos (en particular de *Od.* V 291-332). Para Knight, la inclusión de varias escenas de batalla es un modo de equilibrar la relación del poema con las dos epopeyas homéricas, acercándolo a la *Iliada* tanto como a la *Odissea* (p. 82). A su vez destaca cómo el poeta ha construido de modo diferente cada una de las tres principales escenas de batalla: en Cícico se narra un combate singular seguido de un catálogo de combatientes caídos; contra los bebrices hay una serie de muertes brevemente descritas; y la ἀριστεία de Jasón, a pesar de su naturaleza peculiar, es presentada como escena de batalla mediante la acumulación de símiles y otros elementos típicos (fraseología, armamento del guerrero).

En el cap. IV («The Argonauts and the Wanderings of Odysseus», pp. 122-266) son estudiadas las múltiples evocaciones odiseicas presentes a lo largo de todo el poema y, mas en particular, 105 episodios paralelos a las aventuras de Odiseo en el regreso de los argonautas (*Arg.* IV: Circe, Planctas, Escila y Caribdis, Sirenas, rebaños de Helios, isla de los feacios). A propósito de la ausencia de aitia en estos episodios (pp. 155, 248), convendría precisar que reaparecen ya en *Arg.* IV 982-992, e incluso antes en una breve alusión (*Arg.* IV 916-19). El cap. V («The Gods of the Argonautica», pp. 267-305) se ocupa de otro elemento característico del estilo épico, el aparato divino: Apolonio introduce ciertas variaciones con respecto al panteón homérico y nos presenta a los grandes Olímpicos más lejanos y distantes de los humanos.

El análisis de los pasajes seleccionados es minucioso y bien elaborado. En el detalle muestra cómo Apolonio practica la variación con respecto al modelo, la oppositio in imitando, mediante diversos procedimientos: alteración parcial de vocablos compuestos, empleo de sinónimos, variación en las desinencias, variación en el orden de palabras, etc. (Igual que practica la *uariatio* sobre sí mismo: cf. M. Valverde, *Actas VII Congr. Esp. Est. Clás.* II, Madrid, 1989, pp. 357-363). A otro nivel, la evocación de episodios, escenas, personajes o motivos de la épica homérica ofrece siempre al lector una diferencia de trata-

miento y significado en el marco de cierta similitud; de modo que el poeta marca continuamente su originalidad en la imitación misma del modelo homérico.

En general los comentarios son atinados, y las conclusiones ponderadas y sugestivas. Sólo excepcionalmente hay alguna opinión que no comparto, como la afirmación de la p. 12 («But the concept of Zeus as upholder of justice in human life, often seen as characteristic of the *Odyssey* and Hesiod, is almost absent from the poem, like Zeus himself»), que luego queda atenuada (pp. 272 s., 287). Si bien Zeus aparece sólo en el trasfondo del poema, como una figura lejana, su papel no debe ser minusvalorado: como dios garante de la justicia es mencionado expresamente en *Arg.* II 1179-84; no sólo exige la purificación tras el asesinato de Apsirto (*Arg.* IV 557-591), sino que la expedición misma es una exigencia de Zeus (*Arg.* II 1192-95; III 336-39), para lo cual favorece el encuentro de los argonautas con los hijos de Frixo (*Arg.* II 1198, 1123, 1131-33); etc.

En definitiva, el libro de Knight constituye una valiosa aportación sobre un aspecto fundamental en el texto de las Argonáuticas, que en verdad debe ser interpretado en el espejo de la poesía homérica.

MARIANO VALVERDE SÁNCHEZ

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, JOSÉ MARÍA (ed.).—*El mosaico cosmológico de Mérida. Eugenio García Sandoval in Memoriam*. Mérida, Museo Nacional de Arte Romano, 1996. 201 pp. (Colección Cuadernos Emeritenses 12).

De la mano del Director y «alma mater» del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, José María Álvarez Martínez, y dedicado a la memoria del arqueólogo y descubridor del mosaico, Eugenio García Sandoval, el tomo que se comenta y que refleja las ponencias de un encuentro científico desarrollado en enero de 1996 en el Museo Nacional de Mérida tiene como tema monográfico uno de los monumentos musivarios de primer orden legados por el mundo antiguo.

Un programa iconográfico completamente excepcional aparece en el llamado “Mosaico cosmológico de Mérida”, de una ambición desmedida: en una sola imagen simbolizar la perfección cósmica auspiciada por la impecabilidad del poder imperial romano. En resumen, una loa al buen gobierno que redundaba en la perfecta armonía de todos los elementos necesarios para el buen funcionamiento de la sociedad y del cosmos. Como el emperador chino, el romano es el garante de esa estabilidad, de esa eterna edad de oro, no sería de extrañar que su figura alegorizada se hubiese representado en la parte desgraciadamente perdida del mosaico (un gran vano en la derecha y el centro del mismo).

Lo que queda de la obra, algo menos de las dos terceras partes, bien merece trabajos colectivos como el que se presenta y quizá requeriría un gran congreso en el que también especialistas en los modos particulares de expresión del lenguaje iconográfico expresasen con suficiente espacio sus opiniones planteándose discusiones abiertas. Es cierto que las últimas seis páginas del libro incluyen transcripción de las discusiones planteadas tras las exposiciones y proposiciones para su estudio ulterior, pero el lector queda deseoso de más. Por ejemplo a una ponencia clave como es la de Dimas Fernández-Galiano, que ocupa más

de sesenta páginas y que expone toda una serie de cálculos (algunos en extremo complejos) que intentan demostrar que las medidas del mosaico y sus diversas partes, de la sala en la que se encuentra, del edificio en el que se ubica, la orientación de todos estos elementos y las diversas figuras del mosaico y sus interrelaciones tienen un significado fundamental, no se le dedica más que tres líneas de comentario por parte de los demás participantes. Bien es verdad que algunos argumentos del ponente no están más que esbozados pero resultan en extremo sugerentes abriendo una vía que si bien puede tener sus trampas (en la línea de las que acechan a los investigadores en arqueoastronomía) no puede soslayarse ese plus de explicación que ofrece. Otra ponencia de interés por la polémica que suscita es la de Javier Arce que retrotrae la fecha parcialmente consensuada del mosaico (periodo de los Antoninos o los Severos) a la segunda mitad del siglo IV empleando para ello ante todo razones de índole histórica relativas al peso de la ciudad en la política de esa época coincidente con la presencia en Mérida de altos funcionarios imperiales de ideología e inquietudes tales que hubieran podido encargar una obra de la índole de la que nos ocupa. La tercera ponencia que trata específicamente del mosaico es la de Janine Lancha. Se trata de una aportación que por una parte expone algunos criterios que presidieron la realización en 1983 de la documentación fotográfica del mosaico y su posterior dibujo (así como su comparación con trabajos posteriores realizados en los mosaicos de la villa de Torre de Palma, Portugal) y por otra que desarrolla brevemente algunos criterios de comprensión del mismo. Se trata, a pesar de la brevedad y del carácter casi de informe de la exposición, de una serie de puntualizaciones de índole técnica que pueden resultar de enorme interés a la hora de realizar, desde una base documental fiable, la digitalización del mosaico con vistas a la confección de un CD-ROM (como es la intención expresada por los participantes en este encuentro). El paso posterior sería, dado el extraordinario valor de la pieza que tratamos, que se incluyese en acceso abierto remoto a cualquier investigador que lo requiriese quizás en un servidor de la institución que patrocina la publicación que se comenta.

Desgraciadamente falta en este tomo la ponencia de Marie Henriette Quet, notable especialista en el mosaico y que el editor del libro deplora que no fuese remitida a tiempo para su inclusión. Sin duda la aportación de la Dra. Quet, de haberse publicado, dotaría al trabajo de un mayor equilibrio puesto que, conociendo la trayectoria de la autora, hubo de haber tratado desde un ángulo de interpretación filosófico y cultural el monumento; es de justicia pues eximir a José María Álvarez Martínez de la responsabilidad de este desacerto.

Las dos ponencias que faltan por comentar se apartan del mosaico cosmológico de Mérida en su desarrollo aunque el monumento sea el pretexto que les da razón de ser. Wolfgang Hübner, quizá el más prestigioso y conocido especialista actual en astronomía y astrología antigua, realiza una notable síntesis sobre la importancia de la cosmología en la época romana y José María Blázquez, desde su enciclopédico conocimiento de la musivaria antigua (y en particular de la de la Península Ibérica) presenta una catálogo de temas presentes en los mosaicos de Mérida que aparecen en otros de la Península Ibérica.

En resumen un volumen muy acertado en su diseño, en el que su editor con muy buen criterio ha apostado por hacer salir a la luz con gran celeridad (en el mismo año en el que se desarrolló el encuentro científico) y que presenta aportaciones a la comprensión del mosaico cosmológico de Mérida interesantes y variadas, pero que, como corresponde a un tema de tal complejidad y magnitud, dista de resolver muchas de las dudas que el monu-

mento plantea. Quizá la mayor virtud del volumen es que, justamente, repiensa el mosaico desde perspectivas en algún caso muy nuevas y sugerentes, proponiendo interrogantes y en cierto modo rescatando de un innmercido letargo (que no olvido) el mosaico cosmológico, cuya complejidad puede llegar a inducir a los investigadores a la complacencia del que mirando hacia otro lugar cree poder soslayar el encuentro con el reto.

FRANCISCO DÍEZ DE VELASCO

BURNAND, YVES.—*Les Gallo-romains*. París, Presses Universitaires de France, 1996. 127 pp.

El libro de Y. Burnand viene a sustituir dentro de la colección *Que sais-je?* de las *Presses Universitaires de France* un trabajo anterior del mismo título obra de Émile Thévenot y cuya primera edición databa de 1948.

El Prof. Burnand ha llevado a cabo un enorme esfuerzo de síntesis en la puesta al día de un vasto tema en el que en los últimos cincuenta años se han producido grandes avances gracias a los hallazgos arqueológicos y a la aplicación de nuevas técnicas de análisis de los materiales descubiertos, así como por la transformación de las concepciones historiográficas. Reflejo de este cambio de actitudes son ya los propios títulos de los cuatro capítulos de que consta. Así, frente a «Organisation administrative de la Gaule», «Transformations dans la vie materielle», «Transformations dans la vie intellectuelle, morale et religieuse» y «Les Invasions et la restauration du IV^e siècle. La fin de l'Empire», que eran los títulos de los capítulos del libro de Thévenot, nos encontramos ahora con que, tras una introducción al tema y a sus fuentes, la materia aparece repartida bajo los siguientes encabezamientos: «L'organisations des pouvoirs», «L'aménagement de l'espace», «Les hommes et leurs travaux» y «Le domaine de l'idéal». Completa el libro una breve pero muy cuidada orientación bibliográfica en la que, dado el propio carácter de la obra, tal vez habría debido aludirse a los volúmenes del *Recueil des inscriptions gauloises*.

Como valoración general debemos decir que se trata de un libro que, en consonancia con el espíritu de la colección en la que aparece, cumple a la perfección su función de servir como presentación general hecha con rigor de la sociedad galo-romana.

EUGENIO RAMÓN LUJÁN MARTÍNEZ

V. VARIA

Voce di molte acque. Miscellanea di studi offerti a Eugenio Corsini, Silvio Zamorani editore, Turín 1994. XXVIII pp., 5 láminas, 624 pp.

Este volumen, homenaje a E. Corsini (Universidad de Turín), recoge cuarenta y nueve trabajos que tratan aspectos muy diversos de la filología, con una gran variedad temática que responde a las características personales y académicas de E. Corsini, como G. Bàrberi Squarotti ha puesto de manifiesto en la presentación del volumen. Esta variedad responde,

también, a la polifacética actividad intelectual de Corsini y tiene perfecto reflejo en el título del volumen, *Voce di molte acque*.

Entre los variados intereses de Corsini destaca el referente a la literatura clásica y al cristianismo antiguo, tanto en el ámbito latino como en el griego, como demuestra la bibliografía de este autor, a cargo de S. Becchis, que encontramos también en el volumen. La obra de E. Corsini es reflejo de diversas inquietudes culturales, ya que junto a los trabajos estrictamente académicos (estudios y artículos en revistas científicas), encontramos artículos publicados en periódicos (especialmente *La Stampa*) y escritos literarios (poesía y narrativa).

Los cuarenta y nueve trabajos que componen esta miscelánea se presentan divididos en seis grupos: mundo griego (clásico y bizantino), mundo latino (clásico y tardío), mundo hebreo y cristiano, edad media y renacimiento, *Settecento* y *Novecento*, y folclore.

El primer grupo, del que forman parte los trabajos referentes al mundo griego, es probablemente el más variado, aunque parece centrarse especialmente en el teatro griego, sobre todo la tragedia, y en los aspectos literarios, filosóficos, sociales y culturales en general de la antigüedad griega.

En el grupo de trabajos sobre el mundo latino encontramos también una gran pluralidad temática que tiene como eje la literatura de la época clásica. Hay aportaciones que tratan aspectos puntuales de la *Eneida* de Virgilio, de los *Sermones* de Horacio, y de los procedimientos retóricos utilizados por Vitrubio y Plinio. Otra parte de los trabajos sobre el mundo latino esta centrada en aspectos filosóficos, como el estudio del uso de *otium* en Séneca, y en el estudio de fuentes y de relaciones entre los ámbitos literarios griego y latino, como el uso que hace Gelio de *verecundia* en referencia a Virgilio y Homero. Finalmente, otros trabajos sobre el mundo latino nos introducen en la antigüedad tardía, con estudios puntuales sobre aspectos literarios de Simaco y Prisciano de Cesarea.

Los estudios sobre el mundo hebreo y cristiano están encabezados por una aportación de carácter político y sociológico sobre las relaciones de los judíos con el estado en diversas épocas de la historia judía (Oseas, el exilio, la apocalíptica, los fariseos, los esenios y los orígenes cristianos). Los otros trabajos hacen referencia directa a la Biblia (con el examen de aspectos de la vida de Jesús y del Apocalipsis), a los apócrifos, a la patrística latina (San Agustín), y a otros ámbitos de estudio que se sitúan entre la exégesis, la teología y la literatura.

Más variada es aún la amalgama temática que encontramos en los restantes grupos de aportaciones, que abarcan desde la edad media hasta la época contemporánea, con temas que tocan la política, la filosofía, la literatura medieval, la herencia clásica (especialmente Dante) y el folclore europeo.

Es difícil hacer una valoración de la diversidad temática que acabamos de exponer. La primera impresión es que esta miscelánea es un buen exponente de la interdisciplinariedad. Un rápido recorrido por ella nos revela que, realmente, la literatura y la historia de la cultura parecen ser la línea de engarce de todos estos trabajos, algunos de los cuales tangencialmente se desvían hacia otras disciplinas como la filosofía, la religión y la política. Muy importante es también el desarrollo cronológico que se puede seguir a lo largo de la miscelánea. Teniendo como punto de partida la antigüedad clásica y el nacimiento de la cultura occidental, en este volumen se traza una historia de la cultura y de la sociedad, a la que van llegando tendencias procedentes de otros ámbitos (por ejemplo la cultura hebrea y la

Biblia) que van transformando y enriqueciendo a la vez el desarrollo de la herencia de la cultura clásica.

JOSÉ MANUEL CAÑAS REÍLLO

MARTÍNEZ, M.—*Las Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento. Nuevos Aspectos*. Cabildo de Tenerife, 1996. 277 pp.

Este libro reúne siete trabajos, ya publicados, referentes a las Islas Canarias en sus diversos aspectos, pero sobre todo referente a las noticias que desde la Antigüedad hasta el Renacimiento dicen algo de las Islas. De estos siete trabajos, sólo reseñamos los cinco primeros, pues el sexto son conclusiones y el séptimo es a su vez una reseña de un libro de V. Manfredi (p. 257 y ss). Y, naturalmente, puesto que son noticias que encierran verdades bajo un ropaje teñido, con frecuencia, de colorido poético-mítico, el único método posible, capaz de cernir lo real de lo imaginario, es el método anclado en la filología. Precisamente así procede Marcos Martínez, con máximo rigor como filólogo que es.

El contenido del libro es como sigue: el primer capítulo se titula «Escatología, mito, utopía y paradoxografía en la historiografía de Canarias». Título más explicativo que el original, «Canarias en la Antigüedad: mito y utopía», publicado en *Historia de Canarias*, Prensa Ibérica, S.A., 1991. Sin duda el nuevo título responde más adecuadamente al propósito básico del trabajo. Aquí el autor ofrece no poca originalidad. Se enfrenta con las denominaciones y descripciones poético-míticas como *Campos Eliseos*, *Islas de los Bienaventurados*, *Islas Hespérides*, *Atlántida*, a las que no se les encuentra un referente cierto y concreto. Resulta gratuito — y M. Martínez lo remarca — atribuir tales denominaciones a las actuales Islas Canarias. ¿Entonces — cabe preguntarse —, en qué se fundamentan tales denominaciones? El autor, en su análisis, encuentra tal fundamento en una tipología poético-co-escatológica. Homero, cuando habla de *Campos Eliseos*, *Odisea* IV 561 -569, concretiza con nombre una tipología escatológica. Hesíodo, al aludir a las *Islas de los Bienaventurados*, en *Trabajos y Días*, 167-173, polariza con nombre la tipología de la edad de oro. Asimismo, la referencia de Plauto, *Fortunatorum insulae*, en *Las Tres Monedas* 547-552, aprisiona en una fórmula sintagmática la tipología de la utopía, que, en general, se topicaliza en islas. De este modo, el profesor Martínez racionaliza, es decir, da razón, del porqué de tales denominaciones y descripciones: se fundamenta en una variada tipología mítica. Y, además, esta perspectiva permite distinguir, con acierto, la alusión de Hesíodo, μακάρων νῆσοι con referencia a dioses y héroes, de la de Plauto, *fortunatarum insulae*, con referencia topográfica, como lo prueba su derivación en *fortunatae insulae* en autores posteriores, P. Mela, *Corografía* III 10,102 o *arua beata* de Horacio, *Épodo* XVI 40, sin que por supuesto aluda realmente a las Canarias (p. 106). Por el contrario, encuentro cierta dificultad en homologar la *Atlántida* con las tipologías anteriores. El relato platónico no se apoya en tipología alguna, de una parte, y, de otra, más bien es una alegoría elaborada por Platón, al modo de la alegoría de la caverna, para explicar dimensiones político-cosmológicas. Es, no obstante, una cuestión discutible y opinable.

El segundo capítulo ofrece un título y contenido muy concretos: «Sobre el plural *Islas Canarias* en la Antigüedad». El autor se encuentra con la opinión muy aceptada de que el plural *Canarias* se produce como extensión del singular *Canaria*, ya nombrada en Plinio y

Ptolomeo, a las demás islas, y que este plural se produce hacia el siglo XI. Esta opinión es explícita en J. de Viera y Clavijo: «Estas islas, pues, que hasta el siglo XI sólo eran conocidas con el antiguo epíteto de Afortunadas, lo perdieron casi instantáneamente, cambiándole en Canarias ... dada la fama de la isla de Canaria». Ya Cioranescu — observa M. Martínez, p. 57 — había desmentido en nota esa expresión «casi instantáneamente», pues todavía en el siglo XIV, D. Luis de la Cerda recibió el título de *Princeps Fortunae*. Y el profesor Martínez desmiente que el plural se produjera en el siglo XI. Aduce un texto de Arnobio, nacido en África hacia la mitad del siglo III, donde se registra ya, sin duda alguna, *Canarias insulas*, en el contexto en que se describen los cuatro puntos cardinales. Noticia, la ofrecida aquí, realmente sorprendente para esta época.

El capítulo tercero, el más amplio, plantea el problema más espinoso: «La onomástica de las Islas Canarias de la Antigüedad a nuestros días». Y si he captado bien el propósito del profesor Martínez en este capítulo, se ofrecen en él dos perspectivas: una primera, que él llama «nesonimia», propugna un estudio, al modo del primer capítulo, de las denominaciones de islas en general, y constituir una especie de tipología onomástica para luego insertar en ella los nombres de las Islas Canarias. Incluso adelanta algunos ángulos de estudio (pp. 89-90): «maneras de denominar las islas»; «fenómenos de polisemia o sinonimia»; «problemas de identificación o localización» y «estudios de los islarios». Todo un proyecto de trabajo y así lo testimonia el autor. La segunda perspectiva, de tenor descriptivo y centrada en las Islas Canarias, da razón de los múltiples y diversos nombres. Y como no podía ser menos, el análisis se estructura sobre la división de estratos cronológicos: un primer periodo que abarca desde el principio hasta Plinio el Viejo (79 d. C.), donde se mezclan testimonios poético-míticos con datos más o menos históricos, etapa quizá la más estudiada y de la que el autor ofrece detallada bibliografía y conocimiento y ante la que plantea una postura prudente sin dogmatizar en ningún aspecto. Más interés y novedad refleja el periodo siguiente desde Plinio hasta el siglo XIII. En el célebre texto de Plinio, *Historia Natural* VI 37, 202-205 ya encontramos tantos nombres como islas, tales como *Canaria*, *Ninguaria*, *Capraria*, *Planaria*, *Pluialia*, *Junonia Maior* y *Minor*, sin que se puedan adscribir, con seguridad, a una isla determinada, salvo el nombre de *Canaria*, que corresponde con Gran Canaria. Nombres que, con variantes, se repiten en autores posteriores. En su comentario al texto, M. Martínez hace, entre otros, dos comentarios interesantes: el primero, que considera popular la etimología del nombre Canaria a partir de *canis*, mientras se inclina, sobre un texto de Plinio, *Historia Natural* V 1, 15, por relacionarlo con el nombre de una tribu de África, *Canarii*. El segundo es que pone en duda la relación de *Ninguaria* con Tenerife, que tiene cierto consenso. La razón aducida es que en primavera-verano, estación propicia para la navegación, difícilmente hay nieve en el Teide. De acuerdo, pero cabe oponer que si no en el Teide, mucho menos habría nieve en cualquier otra isla. Y el vocablo *Ninguaria* alude a nieve. Pero aparte de estos nombres dados por la tradición grecolatina, el profesor Martínez, con buen criterio y con novedad, trae a colación autores árabes y así *Fortunâtash* reproduce *Afortunadas* y también los viajes nórdicos, en concreto de los vikingos con apoyo en A. Melvinger, *Les premières incursions des Vikings en Occident d'après les sources arabes*, Uppsala, 1955.

La tercera etapa se denomina la del «Redescubrimiento», que el autor fecha a partir de 1291, viajes de los hermanos Vivaldi o 1312 con la presencia de Lancelotto en la isla a la que da nombre. M. Martínez aporta perspectivas interesantes. Creo que el autor aquí esboza un trabajo. Espero que pronto nos brindará un estudio más detallado. Aquí alude 1) a la

cartografía, p. ej. el mapa de Dulcert (1339) donde, junto a los grecolatinos ya se registran los nombres modernos: *Insula de Lanzarotus*, *La forte Ventura*, *Gommaria*; 2) a los relatos de viajes, tales como el *Libro del Conocimiento* y *Le Canarien*, importantes porque, aparte de nombres actuales, se encuentran nombres indígenas, tales como *Tenerifz*; 3) A los documentos vaticanos, como la bula de Clemente VI por la que se nombra a Luis de la Cerda Príncipe de *Fortuna* y en la que de nuevo se entremezclan nombres grecolatinos con los actuales; 4) a los documentos que hablan de tráfico de esclavos canarios a la Península y Europa a partir de 1342, donde a veces se especifica de qué isla, con su nombre, proceden los esclavos; p. ej. «*de quodam loco uocato Gomera*»; 5) asimismo se alude a los llamados *Islarios*, libros específicos sobre islas, de los que cita en concreto la obra de Domenico Silvestri, y que será objeto de estudio en el capítulo siguiente; 6) por último, dentro de esta etapa, tienen mención los cronistas peninsulares, tal como Alonso de Palencia que en su *Cuarta Década* intenta adscribir los nombres grecolatinos a islas concretas, p. ej. *Planaria* a Tenerife y, por supuesto, los humanistas entre los que se cuenta Antonio de Nebrija, estudiado, después, en detalle en el cap. 5.

En la cuarta etapa incluye las obras históricas, que describen las Islas Canarias desde un enfoque de tratado general. El autor hace comenzar esta etapa en el año 1592, fecha de las *Historias* de Torriani. Pero hay muchos otros autores como Antonio de Viana, Abreu Galindo, Viera y Clavijo, etc. Recurrente – afirma M. Martínez – resulta la adscripción de Canaria a Gran Canaria y Nivaria a Tenerife. Respecto a los demás, las divergencias son notables.

Se añade, para terminar, una quinta etapa que es distintiva, no por secuencia cronológica, sino por su contenido: trata de los nombres indígenas que se esparcen por las primeras crónicas, nombres recogidos por D. J. Wölfel. Cuestión compleja porque, p. ej., se hace corresponder Gran Canaria con nombres indígenas tan distintos como *Tamoran*, *Tamara*, *Tebicena*.

Más quisiera insistir en lo que ya he dicho: se trata de un capítulo en el que mi paisano M. Martínez ofrece, desafiante, nuevas vías de investigación y el acervo de un cúmulo de material todavía no bien explorado.

Con el capítulo anterior se relaciona el cuarto, «Sobre el conocimiento de las Islas Canarias en el Trecento: el *De Insulis* de Domenico Silvestri». El profesor Martínez, tras una introducción de las fuentes que apoyan su estudio sobre las Canarias, indispensable para comprender la obra de Silvestre, pasa a ofrecer una serie de textos, a los que siguen breves comentarios. Cuatro observaciones a éstos:

a) Hace bien M. Martínez en señalar la observación recurrente de Silvestri de que las condiciones de vida de los canarios no responden a nombre de Islas Afortunadas. Hablando de Canaria: *quapropter non uidetur huius insulae qualitate appellatione nominis Fortunati congruere*. Ello supone una ruptura con la tradición.

b) En el pasaje de la p. 181, se hace constar una discrepancia entre el texto de Bocaccio, *De Canaria*, frente al de Silvestri: en el de éste se habla de dos individuos que arribaron a Canaria, mientras en el de Bocaccio, de uno. Martínez afirma que se trata de un error de Silvestri. Creo que ello es indudable: no se explicaría el *alterius patronus* de la línea siguiente.

c) Se citan numerosas fuentes del *De Insulis*. Pero me ha llamado la atención el nombre de *Sibylam*, Sevilla, de origen, sin duda, árabe. En latín se dice

Hispalis. ¿Se ha cruzado alguna fuente árabe o se trata de interpolación en las fuentes reseñadas?

d) Observo una expresión incorrecta, no su interpretación, como se observa en el comentario, p. 180, en la traducción del texto 1a, p. 179: «cuando el mar está agitado por las tormentas se arrojan en él animales salvajes». Debe decir, «cuando el mar está agitado por las tormentas, aquél arroja a la isla animales salvajes».

Y reseñamos ya el capítulo quinto: «Antonio de Nebrija y las Islas Canarias». Se desarrolla aquí uno de los puntos señalados en el capítulo tercero: las noticias de los humanistas. Leemos, en efecto, una serie de textos de las *Décadas*, con su traducción. Pero me interesa resaltar el apropiado punto de vista de M. Martínez: la estancia de Nebrija en Bolonia, donde pudo conocer los numerosos relatos de viajes de genoveses y florentinos. En Sevilla, está al servicio del Arzobispo Álvaro de Fonseca, al igual que Alonso de Palencia que escribió una obra, no hallada, sobre las costumbres de las Islas Canarias. En el puerto de Sevilla, al que llegaban esclavos, pudo conocer abiertamente costumbres y hábitos de los canarios. Son consideraciones interesantes para comprender los textos de Nebrija.

En fin, se trata de un libro que evita los tópicos, aporta nuevo material e interesantes puntos de vista y aplica el rigor de la filología. Y sobre todo, marca un desafío.

ALBERTO DÍAZ TEJERA

Catania antica. Actas del V Congreso de la S.I.S.A.C. (Catania, 23-24 de mayo de 1992). Pisa - Roma, I.E.P.I., 1996.

Como indica Bruno Gentili en el prólogo, este congreso es una puesta al día en la historia de Catania desde sus orígenes hasta la época romana y tardoantigua con diferentes enfoques y nuevos logros. Un congreso sobre este tema se hacía necesario, ya que hasta ahora sólo existía la monografía de A. Holm *Das alte Katania*, publicada en Lübeck en 1873 y traducida al italiano en 1925 por G. Libertini. Por otra parte, pretende llamar la atención de las autoridades locales sobre su patrimonio histórico, en especial sobre el mal estado de sus monumentos griegos y romanos.

Las ponencias están ordenadas diacrónicamente y tienen interés especialmente para el arqueólogo, aunque tampoco falta el enfoque filológico. Abre el volumen el «Saluto ai convegnisti» de Salvatore Calderone y lo cierra Mario Mazza con el artículo «Qualche considerazione finale», que pasa revista a las conclusiones alcanzadas en el congreso. Como apéndice se encuentra un estudio del sistema monetario de Catania del siglo V al I a.C., más detallado por lo que respecta a las monedas de bronce, que se pone en relación con la historia de la ciudad y va acompañado de numerosas fotografías de los tipos principales.

Gianni Rizza analiza en su ponencia los nuevos descubrimientos arqueológicos de la Catania de época griega, desaparecida completamente, pero de la que cada vez se conocen más datos gracias a las excavaciones programadas de forma sistemática a partir de los años 70. Examina en particular la necrópolis, el teatro y los indicios de un santuario de Deméter cuyo culto probablemente instituyeron los Dinoménidas, ya que ejercían su sacerdocio.

Manganaro hace una historia de la *χώρα* de Catania desde su fundación hasta el siglo VII d.C. teniendo en cuenta las relaciones con los indígenas y los griegos de las otras colonias. Cuenta cómo, debido a la política de los Dinoménidas, la población fue transferida varias veces a diferentes ciudades y los límites del territorio fueron variando a expensas de los siglos. Carlo Corbato aborda el problema de las *Etneas* de Esquilo, para las que sugiere un título, una fecha y un argumento bastante convincentes con la ayuda del POxy 2256 fr.8 y 9ab, que asigna a la escena final de las *Etneas*. Además, analiza sus implicaciones políticas: los elementos que destacan en esta obra son el dominio del componente dorio de la ciudad, la convivencia con los pueblos autóctonos y, finalmente, el orgullo nacional frente a los bárbaros (ya que se equipara Cumas a Salamina). Esquilo auspicia para la nueva ciudad prosperidad y paz. A conclusiones parecidas llega Giuseppina Basta-Donzelli cuando estudia la *Pítica I* de Píndaro, en la que se subraya que la fundación de Etna está inspirada en la tradición dórica y en la que se ve a Hierón como el salvador de la ciudad de los bárbaros, es decir, los cartagineses y los etruscos. En cuanto a las *Etneas* de Esquilo, rechaza las conjeturas de Fraenkel y opina que el drama hablaría de Zeus y de Talía y de la institución del culto de los Παλικοί (esto último sería una forma de interpretar por parte de Esquilo la política de Hierón de apertura a los siglos). Se trataría de una obra anómala en la que se pasaría del mito a la historia y en la que se proporcionaría una interpretación de la fundación de Etna a partir de las relaciones de dorios y jonios. Por su parte, Filippo Giudice intenta descubrir las rutas de distribución de la cerámica ática a partir de la presencia de los vasos áticos encontrados en Catania desde los inicios del siglo VI hasta el primer cuarto del siglo V a.C y para ello procede mediante el análisis de periodos de veinticinco años. La ciudad aparece inserta en el contexto comercial del área costera oriental de la isla y se puede hablar «di una centralità della Sicilia nella rotta di distribuzione verso l'Occidente lungo quella via africana che ha come punto centrale l'area libica». De esta manera pone de manifiesto la importancia de Catania en las redes comerciales del Mediterráneo. Acompaña a este artículo un amplio *dossier* con gráficos. R. J. A. Wilson se centra exclusivamente en la topografía de Catania en época romana, en sus dimensiones y en sus edificios públicos, en el foro, el teatro, el odeón, el anfiteatro y las termas y plantea los numerosos problemas que aún están por resolver. Trece fotografías ilustran el texto. C. Molé estudia la situación de Catania en época imperial «in una prospettiva diacronica e urbano-centrica» a través de sus fuentes. Analiza las implicaciones que tiene la afirmación de Estrabón de que la población era muy abundante y la relaciona con la llegada de los colonos romanos. Además lanza interesantes hipótesis acerca de la convivencia entre estos colonos y los habitantes de Catania. A continuación examina la calificación de *splendidae* que se les da a Catania y Siracusa en la *Expositio totius mundi et gentium* y que permite suponer un alto grado de desarrollo económico. Los textos epigráficos que atestiguan la presencia de un *curator operis*, Iulius Paternus y de un *curator rei publicae*, T. Clodius Pupienus Pulcher, no indican, para esta autora, una crisis de la ciudad. Sebastiana Lagona recoge todos los testimonios antiguos acerca del puerto de Catania y hace un repaso de la historia de los estudios sobre este tema, que hasta ahora ha quedado abierto. Deduce que el puerto estaba cerca del centro urbano, en el centro del golfo de Catania, y que, a pesar de no ser muy grande, tenía una gran actividad comercial. Werner Eck estudia las relaciones con Sicilia de dos grandes familias senatoriales sicilianas, las de Q. Pompeius Falco y L. Roscius Aelianus Marcus Celer, grandes propietarias en la zona oriental de la isla, que no habían perdido sus contactos con su propiedad provincial y con las ciudades situadas allí.

En «Catania in età tardoantica», R. Soraci se ocupa de la historia de la ciudad hasta finales del siglo VI d. C. y hace especial hincapié en el auge político que adquirió a partir del periodo ostrogodo, por la fuerza creciente del clero local. El artículo de Irma Bitto es, en mi opinión, la mejor contribución al congreso, ya que propone una nueva interpretación de la inscripción llamada «el epitafio de Theodula». Apoyándose en los paralelos de textos patrísticos, llega a la conclusión de que la frase Ἐδόθη δὲ ἡ ἔνβασις κατὰ δωρεάν σφραγίδος τῆς πρεσβυτέρας ἰνδιξα θυε α Τηροδυλα σε λε διο σεπυλτυρα εν υν *martyrium* porque había recibido el bautismo (σφραγίς) de sangre, que era el de mayor prestigio (πρεσβυτέρας). Es decir, que había muerto como mártir.

En conjunto, se puede decir que las Actas del congreso son una obra de consulta obligada para todo el que quiera profundizar en la historia de Sicilia. Si bien no proporcionan una visión unitaria acerca de Catania debido a la diversidad de enfoques que se pueden encontrar (histórico, arqueológico, filológico), seguramente resultarán muy útiles para los especialistas, sobre todo porque constituyen las principales líneas de tendencia de la investigación acerca de la ciudad de Catania hoy en día.

SUSANA MIMBRERA OLARTE